



UNIVERSIDAD DE NAVARRA

FACULTAD DE TEOLOGÍA

JUAN JESUS TORRE HERNAIZ

EL PROBLEMA DE UNA CULTURA CRISTIANA EN LOS ESCRITOS DE JUAN PABLO II

Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la Facultad
de Teología de la Universidad de Navarra

PAMPLONA

1990



**Ad normam Statutorum Facultatis Theologiae Universitatis
Navarrensis, perlegimus et adprobavimus**

Pampilonae, die 4 mensis octobris anni 1989

Dr. Ioseph MORALES

Dr. Ioannes A. LORDA

**Coram Tribunali, die 20 mensis novembris anni 1987, hanc
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit**

Secretarius Facultatis

Dr. Ioseph Emmanuel ZUMAQUERO

**Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia
Vol. XVII n. 5**



PRESENTACIÓN

El presente trabajo es un estudio del magisterio de Juan Pablo II respecto a la cultura. El motivo de fondo que nos llevó a centrarnos en este tema es la misma insistencia y constancia con que el Romano Pontífice ha tratado de él desde el comienzo de su pontificado. En el magisterio del Santo Padre hay dos aspectos que desde un principio nos llamaron poderosamente la atención y que nos animaron a emprender con ilusión el trabajo que ahora presentamos. El primero, ya mencionado, la frecuencia con que trata de la cultura y la importancia que le asignaba en la actual coyuntura histórica. El segundo aspecto que nos llamó la atención fue el interés con que, a lo largo de su magisterio, ha ido analizando la profunda crisis —«crisis de crecimiento» la denomina— que padece la humanidad de finales del siglo XX. A la constatación de esta dolorosa situación se le añade una profunda y esperanzada convicción: es necesario crear una nueva cultura, un nuevo modo de vida, un nuevo humanismo. Éste —dirá en varios de sus discursos— es el gran reto que hay que afrontar.

Por estos motivos, considerando el interés del tema planteado nos decidimos a afrontar el estudio de lo que Juan Pablo II entiende que debe ser la cultura y a poner de relieve cuáles son las soluciones concretas [si es que las hubiere] que el Papa propone. Desde el primer momento, fuimos conscientes de las dificultades con las que nos encontraríamos. Por un lado, mientras Juan Pablo II siga gobernando la Iglesia su magisterio está abierto, es susceptible de cambios y nada de particular tendría que nos sorprenda con un nuevo documento referido más directamente al tema que nos ocupa. Por otro lado, el término cultura es, por sí mismo, lo suficientemente amplio como para que sea susceptible de ser

estudiado mucho más extensamente de lo que ahora pretendemos y bajo muy diversos puntos de vista.

Conscientes, pues, de las dificultades con que nos enfrentamos, iniciamos la elaboración de este trabajo —cuyo extracto presentamos ahora—, con un doble objetivo. El primero se dirige a estructurar de un modo sistemático —podría haberse hecho de otro modo— los textos magisteriales en los que Juan Pablo II se refiere a la cultura. De este modo hemos pretendido exponer cuál es, a nuestro entender, el concepto que Juan Pablo II tiene de cultura. El segundo objetivo ha sido el de poner de manifiesto el reto lanzado por el Papa de crear una cultura cristiana como único modo de dar solución a la crisis de la humanidad. Esto supone, por tanto, determinar qué debemos entender por el término «cultura cristiana», y cuáles son los modos de llevarlo a cabo.

Tomado en su totalidad el trabajo está originalmente dividido en tres partes. Por razones de espacio, no incluimos en este resumen dos de ellas —la primera y la tercera— limitándonos únicamente al capítulo 1 de la segunda parte por considerarlo, puestos a seleccionar, lo más básico de nuestro trabajo. Por esto, hemos dividido este trabajo en tres partes. En la primera parte se pretende encuadrar el tema de la cultura historicamente, haciendo en primer lugar, una breve historia del concepto de cultura desde el punto de vista filosófico, para terminar en un estudio —breve también— del modo en que el concepto de cultura ha sido asumido y tratado en el magisterio anterior a Juan Pablo II.

La segunda parte, que constituye el núcleo de la tesis y la más extensa, se divide a su vez en tres capítulos. El primero está constituido por un aporte de textos de Juan Pablo II en torno a la cultura ordenados sistemáticamente de modo que permita conocer cual es su concepto de cultura. El segundo capítulo, después de hacer una descripción y análisis de las causas de la crisis contemporánea, concluye con una propuesta de solución: la creación de una cultura cristiana. El tercer capítulo lo dedicaremos a analizar qué es lo que, según la mente del Romano Pontífice, debemos entender por cultura cristiana.

Una vez estudiado los presupuestos teóricos, la tercera parte la hemos dedicado a la pastoral de la cultura, es decir, a aquellos actos pontificios más significativos emprendidos por el Papa con vistas a llevar a término la solución propuesta.

Además de la necesaria consulta de bibliografía filosófica, histórica y teológica sobre la cultura (esta última más reciente y una gran parte de ella contenida en artículos de revistas), nuestras fuentes han sido todas aquellas publicaciones en las que recoge los textos magisteriales. Hasta donde ha sido editado hemos utilizado las «Enseñanzas al Pueblo de Dios» tanto en su edición castellana como en la italiana. Cuando esto no ha sido posible por no haberse editado todavía, hemos acudido al *L'Osservatore Romano* en la edición española.

Quiero hacer constar, por último, mi agradecimiento a todas aquellas personas que con su ayuda a lo largo de múltiples conversaciones han contribuido a la realización de este trabajo. Especialmente deseo manifestar mi agradecimiento al profesor José Morales que me ha dirigido, por su apoyo, sus consejos, orientaciones y estímulo sin los cuales hubiera sido imposible la culminación de esta tesis doctoral. Con ella hemos pretendido conocer más en profundidad —a pesar de las limitaciones y defectos inherentes a toda obra humana, de las que este trabajo, lógicamente, no es ninguna excepción— «el misterio de Dios, esto es, a Cristo, en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2,2-3).





ÍNDICE DE LA TESIS*

	<u>Pág</u>
TABLA DE ABREVIATURAS	V
INTRODUCCIÓN	2

I PARTE

LA CULTURA EN EL AMBITO DEL CRISTIANISMO (STATUS QUAESTIONIS)

CAPÍTULO 1. BREVE HISTORIA DEL CONCEPTO DE CULTURA	12
1.1. Introducción	13
1.2. Concepto de cultura en la antigüedad clásica	16
1.3. La época de la Ilustración	19
1.4. Nacimiento del concepto moderno de cultura	21
1.5. La concepción antropológica de la cultura	24
1.6. Cultura y civilización	25
1.7. Definición de la cultura	29
CAPÍTULO 2. CULTURA Y RELIGIÓN EN EL ÁMBITO FILOSOFICO CONTEM- PORÁNEO	33
2.1. Introducción	34
2.2. M. Bergson	35
2.3. M. Blondel	36
2.4. Max Scheler	38
2.5. G. van der Leeuw	39
2.6. M. Eliade	40
2.7. C. Dawson	41
2.8. P. Tillich	43
2.9. Conclusión	45
CAPÍTULO 3. CULTURA Y CRISTIANISMO: POSIBILIDAD DE UNA CULTURA CRISTIANA	47
3.1. Introducción	48

* Este índice se refiere al original mecanografiado, depositado en la Secretaría de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

3.2. Aclaración de términos	54
3.2.1. Cultura	54
3.2.2. Cultura cristiana	57
3.3. Elementos constitutivos de una cultura cristiana.	59
3.4. Encarnación cultural	60

CAPÍTULO 4. EL CONCEPTO DE CULTURA EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA ANTERIOR A JUAN PABLO II	67
--	----

4.1. Introducción	68
4.2. El Vaticano II y la Constitución Pastoral «Gaudium et spes»	70
4.2.1. El enfoque del Concilio	70
4.2.2. El término cultura en la «Gaudium et spes»	74
4.2.3. Valoración	78
4.3. Carta apostólica «Octogesima adveniens»	80
4.4. El Sínodo de obispos de 1974	82
4.5. La Exhortación apostólica «Evangelii nuntiandi»	83
4.6. III Reunión de la Conferencia episcopal latinoamericana en Puebla	87

II PARTE

EL CONCEPTO DE CULTURA EN EL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II

CAPÍTULO 1. LA NOCIÓN DE CULTURA	95
1.1. Introducción	96
1.2. Diversas definiciones de cultura	97
1.2.1. El ser y el existir del hombre	97
1.2.2. La vida del espíritu	102
1.2.3. Vehículo de comunicación	104
1.3. Los fundamentos de la cultura	105
1.3.1. El hombre en cuanto a su naturaleza	107
1.3.2. El hombre como persona	112
1.3.3. La religiosidad del hombre	114
1.4. Órdenes de la cultura	117
1.4.1. La dimensión humanizadora de la cultura	118
a. La libertad	121
b. La moralidad	123
1.4.2. La educación	125
a. La instrucción	126
b. Formación de la conciencia	127
1.4.3. El derecho de la nación	129
1.4.4. La ciencia	137
a. La ciencia como valor en sí mismo	137



b. Notas distintivas de la verdadera ciencia	141
b.1. Servicio al hombre	141
b.2. La libertad de la ciencia	145
c. La técnica	148
CAPÍTULO 2. LA CRISIS DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO	155
2.1. Introducción	155
2.2. La existencia de la crisis	156
2.3. Causas y manifestaciones	162
2.3.1. Las que provienen del progreso y de la técnica	163
2.3.2. Aspecto moral de la crisis	167
a. Se detecta un desarrollo de la técnica no contro-	
lado ni encuadrado en un plan de radio universal	
y auténticamente humanístico	167
b. No se ha producido un desarrollo moral y ético	
proporcionado al de la técnica	169
b.1. Disminución del sentido de la dignidad	
humana	169
b.2. Atentados contra la justicia	170
b.3. Atentados contra la libertad	171
b.4. Crisis de verdad	174
b.5. Ataques contra la familia	175
2.3.3. Separación entre la Iglesia y la cultura	177
2.4. Una propuesta de solución	182
CAPÍTULO 3. CULTURA CRISTIANA	188
3.1. Introducción	189
3.2. Relaciones fe-ciencia-cultura	193
3.2.1. Aclaración de términos	193
3.2.2. Limitaciones de la ciencia	196
3.2.3. La mutua implicación entre fe y cultura	199
3.2.4. Síntesis entre fe y cultura	205
a. Exigencias de la cultura	208
b. Exigencias de la fe	210
3.3. Cultura cristiana	214
3.3.1. Búsqueda de la verdad	217
3.3.2. Encarnación cultural	219

III PARTE

LA PASTORAL DE LA CULTURA EN EL PONTIFICADO DE JUAN PABLO II

CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN	225
---------------------------------------	------------

CAPÍTULO 2. EL HUMANISMO CRISTIANO DE JUAN PABLO II	229
2.1. Introducción	230
2.2. El amor al hombre contemporáneo	231
2.3. Cultura metafísica	233
2.4. Un humanismo cristológico	238
2.5. Algunas líneas pastorales más destacadas	239
2.5.1. La familia	239
2.5.2. El trabajo: bendición de Dios y dignidad del hombre	240
2.5.3. Los derechos del hombre	243
2.6. Conclusión	244
CAPÍTULO 3. PASTORAL DE LA INTELIGENCIA	247
3.1. Introducción	248
3.2. El Pontificio Consejo para la Cultura	254
3.2.1. La creación del P. C. C.	254
3.2.2. Motivos para la creación del P. C. C.	256
3.2.3. Los objetivos propuestos	259
3.2.4. Organización del P. C. C.	266
3.3. El caso Galileo: relaciones fe-ciencia	269
3.3.1. El trasfondo del problema	271
3.3.2. El discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias	276
CONCLUSIONES	285
BIBLIOGRAFÍA	293



BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS

A. FUENTES

CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, decretos, declaraciones...* (BAC, Madrid, 1965).

JUAN PABLO II, Carta apostólica *Salvifici doloris*, AAS 76 (1984), 201-250. Traducción castellana en *Ecclesia* 2162 (1984), 9-23.

—Carta encíclica *Dives in misericordia*, AAS 72 (1980), 1177-1232. Traducción castellana en *Ecclesia* 2011 (1980), 7-21.

—Carta encíclica *Laborem exercens*, AAS 73 (1981), 577-647. Traducción castellana en *Ecclesia* 2047 (1981), 9-36.

—Carta encíclica *Redemptor hominis*, AAS 71 (1979), 257-324. Traducción castellana en *Ecclesia* 1927 (1979), 4-28.

—*Enseñanzas al Pueblo de Dios*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano, Biblioteca de Autores Cristianos, 9 vols. (Madrid 1978-1981).

—Exhortación Apostólica, *Catechesi tradendae*, AAS 71 (1979), 1277-1340. Traducción castellana en *Ecclesia* (1979), 1405-1429.

—Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, AAS 74 (1982), 81-191. Traducción castellana en *Ecclesia* 2060 (1982), 18-48.

—Exhortación apostólica *Reconciliatio et Paenitentia*, AAS 77 (1985), 185-274. Traducción castellana en *Ecclesia* 2204 (1985), 16-47.

—*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Tipografia Poliglota Vaticana, 16 volúmenes (1978-1985).

—*Mensaje a la Iglesia de Latinoamérica*, (BAC, Madrid 1979).

—*Peregrinación apostólica a Polonia* (BAC, Madrid 1979).

PABLO VI, Carta Apostólica *Octogesima adveniens*, en AAS 63 (1971), 401-441. Trad. castellana en *Ecclesia* (1971), 645-653.

—Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, en AAS 68 (1976), 5-76. Traducción castellana en *Ecclesia* (1976), 14-25, 77-81 y 113-117.

—*Insegnamenti di Paolo VI*, Tipografia Poliglota Vaticana, 16 volúmenes (1963-1978).

B. OBRAS DE K. WOJTYŁA

- K. WOJTYŁA, *Amor y responsabilidad*. (8º ed., Razón y Fe, Madrid 1978).
 —*Il problema del costituirsi della cultura attraverso la praxis humana*, en *Rivista di Fil. Neoscolastica* 69 (1977), 513-524.
 —*La fe de la Iglesia. Textos del Cardenal Wojtyła*. (EUNSA, Pamplona 1979).
 —*La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*. (BAC, Madrid 1982).
 —*Persona y acción*. (BAC, Madrid 1982).

C. ESTUDIOS SOBRE JUAN PABLO II

- BINI, L., *L'uomo contemporaneo nell'enciclica «Redemptor hominis»*, en *Aggiornamenti Sociali*, 31 (1980), 239-260.
 BROVEDANI, E., *Scienza, técnica e fede nel magisterio di Giovanni Paolo II en La Civiltà Cattolica*, 4 (1983), 30-48.
 BUTTIGLIONE, R., *El hombre y el trabajo. Reflexiones sobre la Encíclica «Laborem exercens»*. (Ed. Encuentro, Madrid 1984).
 —*La pensée de K. Wojtyła*. (Fayard, París 1982).
 CAPRILE, C., *Il Santo Padre e alcuni problemi attuali*, en *La Civiltà Cattolica* 2 (1979), 269-278.
 DEL NOCE, A., *La novità culturale di questo pontificato*, en *Studi Cattolici* 251 (1982), 3-6.
 LA CIVILTÀ CATTOLICA (editoriales), *L'educazione alla fede nel mondo di oggi. L'esortazione apostolica di Giovanni Paolo II sulla catechesi*, en *La Civiltà Cattolica*, 4 (1979), 313-319.
 —*In nome dell' uomo. Giovanni Paolo II davanti all'Assemblea delle Nazioni Unite*, en *La Civiltà Cattolica*, 4 (1979), 105-110.
 GRAMATOWSKI, W.-WILINSKA, Z., *Karol Wojtyła negli scritti* (Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1980).
 GROOTAERS, J., *De Vatican II à Jean Paul II. Le grand tournant de l'Eglise catholique* (Ed. Centurion, París 1981).
 IBAÑEZ MARTIN, J. A., *Ideas para una educación integral*, en *Juan Pablo II y la fe de los españoles*. (Ed. Centro de estudios de Teología Espiritual, Madrid 1984).
 ILLANES, J. L., *Fe en Dios, amor al hombre: la antropología teológica de Karol Wojtyła. Análisis de sus escritos en castellano*, en *Scripta Theologica* 11 (1979), 300-352.
 —*Iglesia y cultura en Juan Pablo II en España: un reto para el futuro*. dir. P. Rodríguez. (EUNSA, Pamplona 1984).
 JAWORSKI, M., *Die Verwurzelung der christlichen Botschaft in der Kultur in anlehnung an die Lehre Johannes Paulus II*, en *Archiv für Religions psychologie*, 16 (1983), 11-21.

- JOHNSON, P., *John Paul II and the Catholic Restauration*. (London, 1984).
- LAWLER, R. D., *The Christian Personalism of Jhon Paul II*. (New York, 1983).
- MARTIN GONZALEZ, A., *Garantías de auténtica evangelización en la Conferencia Episcopal de Puebla según el Discurso Inagural del Papa Juan Pablo II*, en *Euntes Docete* 33 (1980), 27-45.
- MORALES, J., *El significado y la predicación de cuatro viajes apostólicos*, en *Scripta Theologica* 12 (1980), 791-847.
- POMPEI, A., *Cristo e il rapporto Chiesa-mondo nella «Redemptor hominis»*, en *Miscellanea Franciscana*, 80 (1980), 30-66.
- PORADOWSKI, M., *La terminología de la «Laborem exercens»*, en *Philosophica*. (Valparaiso) 6 (1983), 9-17.
- POTTIER, B., *Vatican II et Jean Paul II*, en *Nouvelle Revue Theologique* 107 (1985), 361-375.
- POUPARD, P., *El humanismo cristiano de Juan Pablo II*, en *Revista del «Pontificium Consilium pro Laicis»* 28 (1981), 46-62.
- PUJOLS BALCELLS, J., *Juan Pablo II, la cultura y la educación*. (EUNSA, Pamplona 1986).
- RABEMAHAFALY, V., *La inculturación del Evangelio en el contexto africano en los discursos del Papa Juan Pablo II*, en *Omnis Terra* 108 (1981), 397-408.
- SORGE, B., *Le due opzioni di Papa Wojtyla*, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1979), 3-19.
- TOSO, M., *Prospettive conciliari e modi di presenza dei cristiani nella «Laborem exercens»*, en *Salesianum* 44 (1982), 293-312.
- VALVERDE, C., *Las constantes del pensamiento de Juan Pablo II*, en *Juan Pablo II y la fe de los españoles*. (Ed. Centro de estudios de Teología Espiritual, Madrid 1984).
- VERGA, L., *Scienza e fede: annotazioni sul discorso di Giovanni Paolo II alla Pontificia Accademia delle Scienze*, en *Vita e Pensiero* 63 (1980), 38-51.
- VV.AA., *Escritos de homenaje a S. S. Juan Pablo II*, (Ed. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid 1982).
- WILLIAMS, G. H., *The mind of John Paul II: Origins of this thought and action*. (Seabury Press, New York 1981).

D. ESTUDIOS

- AA.VV., *El concepto de cultura: textos fundamentales*, compilados y prologados por J. S. KAHN (Anagrama, Barcelona 1975).
- L'annuncio del Vangelo oggi. Commento all'Esortazione Apostolica di Paolo VI «Evangelii nuntiandi»*. (Ed. Pontificia Università Urbaniàna, Roma 1977).

- AGAZZI, E., *Il messaggio di S. Tommaso e la cultura contemporanea*, en *Incontri Culturali* (1975), 148-163.
- ALESSI, A., *Esperienza religiosa e mediazioni culturali*, en *Salesianum* 46 (1984), 293-311.
- BARREDA, J. A., *La inculturación, tarea prioritaria para la evangelización*, en *Studium* 19 (1979), 229-249.
- BASUOLA, A., *Natura e progetto dell'uomo*. (Ed. Vita e Pensiero, Milano 1977).
- *Analisi critica del concetto di cultura*, en *Vita e Pensiero* 1 (1976), 16-35.
- BEDNARSKI, A., *Il cristianesimo di fronte alla cultura secondo S. Tommaso d'Aquino*, en *Euntes Docete* 29 (1976), 560-566.
- *Introduzione alla teologia della cultura*, (Roma 1973).
- BREZZA, C., *Relazioni Fede-Cultura nel Magisterio della Chiesa (1963-1982)*. Tesis Doctoral, *pro manuscrito*. (Pamplona 1984).
- CAFFARRA, C., *Viventi in Cristo*. (Jara Book, Milano 1981).
- CARRIER, M., *Il Pontificio Consiglio per la Cultura*, en *La Civiltà Cattolica* 1 (1983), 235-246.
- CATURELLI, A., *Para una filosofía de la cultura*, en *Giornale di Metafisica* 18 (1963), 54-61.
- CERCOS, R., *Cultura y civilización como conceptos sociológicos*, en *Atlántida* 2 (1964), 204-208.
- CHABERT, E., *Fe y Cultura*. Tesis de Licenciatura, *pro manuscrito*. (Pamplona 1986).
- CHIOCCHETTA, P., *Cattolica fede e cultura civile*, en *Euntes Docete* 37 (1984), 177-209.
- COLOMBO, G., *Prospettive della cultura nella luce del Concilio Ecumenico Vaticano II*. (Morcelliana, Brescia 1966).
- CRIPPA, R., *Paolo VI e la cultura contemporanea*, en *Notiziario dell'Istituto* 10 (1985), 71-75.
- CRISTALDI, G., *Evangelizzazione e cultura*, en *Communio* 17 (1974), 21-29.
- CULTRERA, G., *Il valore della cultura e la Costituzione «Gaudium et spes»*, en *Incontri Culturali* 2 (1969), 643-642.
- DAWSON, Ch., *Religión y Cultura*. (B. Aires 1953).
- *The Historical Reality of Christian Culture*, 1960.
- DE ROSA, G., *La promozione umana dimensione integrante dell'evangelizzazione*, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1977), 325-337.
- DEL NOCE, A., *Civiltà tecnologica e cristianesimo*, en *Ethica* 3 (1969), 169-192.
- *Il dialogo tra la Chiesa e la cultura moderna*, en *Studi Cattolici* 45 (1964), 45-50.
- DEMPF, A., *Filosofía de la cultura*. (Guadarrama, Madrid 1933).
- EGUIA, C. R., *Voz Civilización y cultura*, en *GRAN ENCICLOPEDIA RIALP*, vol. V (1971), 714-720.

- ELIOT, T. S., *Notas para la definición de la cultura*. (Ed. Brugera, Barcelona 1984).
- FEBVRE, L., *Civilisation: le mot e l'idée*. (París 1930).
- FORMIGONI, R., *Las raíces cristianas de Europa y el diálogo entre las culturas*, en *Sillar* 21 (1986), 19-28.
- GIANNINI, G., *Cultura e civiltà: equivoco delle due culture*, en *Incontri Culturali* (1979), 26-34.
- GIORDIANU, A., *Cristianesimo e cultura nella «Gaudium et spes»*, en *Incontri Culturali* 12 (1979), 299-322.
- GRAMPA, G., *Cultura como umanizzazione*, en *Vita e Pensiero* 11 (1980), 44-53.
- GUARDINI, R., *Ansia per l'uomo*. (Ed. Morcelliana, Brescia 1970).
- *El Poder. Ensayo sobre el reino del hombre*. (Ed. Troquel. Buenos Aires 1959).
- *El ocaso de la Edad Moderna*. (2° ed., Guadarrama, Madrid 1963).
- GUITTON, J., *Dialogos con Pablo VI*. (Ed. Cristiandad, Madrid 1967).
- HAECKER, Th., *Christentum und Kultur*, (2a ed. Munich 1946).
- HIRSCH, E., *Der Kulturbegriff. Deutsche Vierteljahrsschrift* III (1925), 398-400.
- III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Puebla. La Evangelización en el presente y en el futuro de America Latina*. (BAC, Madrid 1979).
- ILLANES, J. L., *Cristianismo, historia, mundo*. (EUNSA, Pamplona 1973).
- JOBLIN, J., *Diritti dell'uomo, ateismo, e istituzioni culturali cristiane*, en *La Civiltà Cattolica* 3 (1981), 118-132.
- KONIG, F., *Il fallimento dell'ateismo scientifico*, en *Euntes Docete* 31 (1978), 191-199.
- LACHANCE, L., *Nature et Culture*, en *Etudes philosophiques* 16 (1961), 113-114.
- LANDMANN, M., *Der Mensch als Schöpfer und Geschöpf der Kultur*. (1961).
- LOURDUSAMY, D. S., *Paolo VI e l'incontro con le culture*, en *Euntes Docete* 36 (1983), 145-182.
- LYONNET, S., *Il dialogo tra la Chiesa e il mondo rileggendo la «Gaudium et spes»*, en *La Civiltà Cattolica* 3 (1982), 205-217.
- MAGGIOLINI, S., *La cultura nella Costituzione Pastorale «Gaudium et spes»*, en *Vita e Pensiero* 49 (1966), 620-626.
- MARIATAIN, J., *Culture et religion*. (París 1930).
- EDITORIALES, *È possibile una cultura cattolica?*, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1976), 209-218.
- *Fede cristiana e mondo moderno*, en *La Civiltà Cattolica* 1 (1980), 521-531.
- *Fede cristiana e pluralismo ideologico*, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1980), 313-322.
- *Il cristianesimo e il futuro dell'uomo*, en *La Civiltà Cattolica* 1 (1979), 521-530.

- Il problema dell'inculturazione oggi*, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1978), 313-322.
- La Chiesa fermento spirituale della nuova Europa*, en *La Civiltà Cattolica* 1 (1979), 417-424.
- La fede, la scienza e il «caso Galileo»*, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1979), 417-424.
- La mediazione culturale nell'epoca della secularizzazione*, en *La Civiltà Cattolica* 1 (1982), 313-325.
- La tentazione dell'«nuovo cristianesimo»*, en *La Civiltà Cattolica* 1 (1974), 521-528.
- L'evangelizzazione delle culture*, en *Studi Cattolici* 293/94 (1985), 402.
- L'uomo d'oggi di fronte al cristianesimo*, en *La Civiltà Cattolica* 2 (1986), 313-325.
- Opposizione tra scienza e fede? Un vecchio problema attuale*, en *La Civiltà Cattolica* 21 (1979), 521-530.
- Per una civiltà veramente «cattolica» o «universale»*, en *La Civiltà Cattolica* 21 (1982), 209-217.
- Quale promozione umana?*, en *La Civiltà Cattolica* 3 (1977), 3-12.
- Realizzare insieme un «progetto d'uomo» veramente umano. Un impegno per gli anni '80*, en *La Civiltà Cattolica* 1 (1981), 3-14.
- «Inefficacia storica» del cristianesimo?*, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1982), 105-113.
- MAURER, R., *Kultur*. Handbuch der Phil. Grundbegriffe. (München, 1977).
- MEDICUS, F., *Religion und Kultur*, en *Theol. Leits* 7 (1951), 300-314.
- MESSINEO, A., *L'umanesimo plenario e lo sviluppo integrale dei popoli*, en *La Civiltà Cattolica* 1 (1968), 213-226.
- MIANO, V., *Una delle cause principali dei malintesi tra fede (e Chiesa) e scienza: la nozione di scienza sua evoluzione*, en *Euntes Docete* (1978), 200-208.
- MILLAN PUELLES, A., *Sobre el hombre y la sociedad*. (Rialp, Madrid 1976).
- MITZKA, F., *Kirche und Kultur*, en *Zeitskath Th.* (1928), 412-419.
- MOELLER, Ch., *En marge du Concile: La mission de l'Eglise dans le monde scientifique et culturelle*, en *Oecumenica* (1969), 305-320.
- «El desarrollo de la cultura»*, en AA.VV., *La Iglesia en el mundo de hoy*. (Ed. Studium, Madrid 1967).
- MONDIN, B., *Il dialogo tra scienza e fede*, en *Euntes Docete* 31 (1978), 331-334.
- La cultura. Definizione, proprietà principali e elementi costitutivi fondamentali*, en *Sapienza* (1980), 261-269.
- L'uomo: chi è?* (Ed. Massimo, 1975).
- Religione, cultura e cristianesimo*, en *Euntes Docete* 3 (1978), 1-24.
- Umanesimi atei e umanesimo cristiano*, en *Euntes Docete* 36 (1983), 19-38.
- Umanesimo cristiano*. (Ed. Paideia, Brescia 1980).

- MURRAY, J. C., *Leon XIII: Two concepts of Government. Government and the Order of culture*, en *Theol. Studies* 15 (1954), 1-33.
- NICOLASI, S., *Cristianesimo, cultura e progresso*, en *Incontri Culturali* (1979), 255-280.
- PEPER, J., *La fe ante el reto de la cultura contemporánea*. (RIALP, Madrid 1980).
- POSSENTI, V., *Evangelizzazione e cultura*, en *Studi Cattolici* 227 (1980), 25-28.
- POUPARD, P., *Chiesa e culture: Orientamenti per una pastorale dell'intelligenza*, en *Vita e Pensiero* (Milano, 1985).
- *El magisterio de la Iglesia y la pastoral de la cultura*, en *Revista del «Pontificum Consilium pro laicis»* 28 (1981), 25-45.
- *Evangelisation et nouvelles cultures*, en *Nouvelle Revue Theologique* 99 (1977), 532-549.
- RADEMACHER, A., *Religion und Leben. Ein Beitrag zur Lösung des christlichen kulturproblems*. (Freiburg, 1926).
- RATZINGER, J., *Introducción al cristianismo*. (Sígueme, Salamanca 1970).
- ROCHER, G., *Introducción a la sociología general* (Herder, Barcelona 1980).
- RODRIGUEZ, P., *Pastorale. Paolo VI e l'evangelizzazione*, en *Studi Cattolici* 181 (1976), 219-221.
- SALMONA, B., *Cultura e termini del dibattito culturale*, en *Laurentianum* 18 (1977), 158-188.
- SARAVIA MARTINS, J., *L'evangelizzazione dell'uomo contemporaneo*, en *Euntes Docete* (1974), 221-265.
- SCHACHTER, G., *Contributo all'analisi del concetto di cultura*, en *Rivista di Filosofia* (1937), 289-297.
- SCHALL, J. V., *Some philosophical aspects of culture and Religion*, en *New Scholasticism* 31 (1957), 209-236.
- SCHERER, R., *Cultura*, en *Sacramentum Mundi* 2 (1969), 97-106.
- SORGE, B., *Il contributo del Sinodo 1974 al dibattito teologico su «Evangelizzazione e promozione umana»*, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1976), 11-24.
- *Orientamenti pastorali in tema di «Evangelizzazione e promozione umana»*, al Sinodo 1974, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1976), 142-157.
- SPEDALIERI, F., *Cristianesimo e coesistenza delle culture nel mondo contemporaneo*, en *Incontri Culturali* (1969), 621-630.
- THIEL, M., *Kultur und Sttlichkeit*, en *Divus Thomas* (FR) 1941, 49-74.
- TINIVELLA, G., *La libertà della cultura e la cultura come libertà*, en *Giornale Critico delle Fil. Italiana* (1937), 257-270.
- VANZAN, P., *Come rievangelizzare un'Europa secolarizzata? Il VI Simposio dei Vescovi europei*, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1985), 326-337.
- *Implicazioni theologiche nel dibattito sulla «mediazione culturale»*, en *La Civiltà Cattolica* 4 (1982), 114-126.
- WOSSNER, I., *Sociologia*. Cap. VI: *Cultura y sociedad*. (Herder, 1976).

TABLA DE ABREVIATURAS

AAS	ACTA APOSTOLICAE SEDIS
CT	Exhortación Apostólica <i>Catechesi tradendae</i>
DM	Carta Encíclica <i>Dives in misericordia</i>
EN	Exhortación Apostólica <i>Evangelii nuntiandi</i>
EJPII	Enseñanzas al Pueblo de Dios de Juan Pablo II
FC	Exhortación Apostólica <i>Familiaris consortio</i>
GS	Constitución pastoral <i>Gaudium et spes</i>
LE	Carta Encíclica <i>Laborem exercens</i>
L'ORE	L'Osservatore Romano, edición en español
RH	Carta Encíclica <i>Redemptor hominis</i>
RP	Exhortación Apostólica <i>Reconciliatio et Paenitentia</i>
SD	Carta Apostólica <i>Salvifici doloris</i>
TdA	Traducción del autor

En el presente trabajo las referencias bibliográficas correspondientes a los documentos pontificios se han elaborado utilizando las abreviaturas indicadas seguidas del número del documento tal como figura en AAS o en la traducción castellana recogida en *Ecclesia*.



EL CONCEPTO DE CULTURA EN EL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II

I. LA NOCIÓN DE CULTURA

1. *Introducción.*

Al comenzar a redactar este apartado somos conscientes de la dificultad que entraña. Dada la complejidad del término que tratamos de definir quizá sería menos arriesgado comenzar por definir sus contornos, límites y elementos constitutivos, para llegar por este camino a aquello que constituye la esencia de la cultura, y que permite, por tanto, una definición. Hemos preferido, sin embargo, el camino opuesto, esto es, comenzar por la definición de cultura e ir posteriormente desgranando su contenido, analizando sus fundamentos y estudiando las conclusiones prácticas. La razón de este modo de proceder se fundamenta en el hecho de que Juan Pablo II, al tratar en distintas circunstancias de este tema, ha llegado a dar varias definiciones de cultura. Nos parece más lógico, por tanto, comenzar por estas definiciones, para proceder en un segundo momento a determinar su alcance e importancia.

2. *Diversas definiciones de cultura.*

a) *El «ser» y el «existir» del hombre.*

A la hora de definir la cultura, lo primero que se aprecia a simple vista es que está centrada, para Juan Pablo II, única y exclusivamente en el hombre.

La primera definición que tenemos recogida de labios del Papa fue pronunciada el 2 de junio de 1980 ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, en su sede de París¹. Todo lo que en aquel momento se dijo tenía como punto de referencia al hombre. Buena muestra de ello son algunos de los títulos de los distintos epígrafes del discurso: «Los derechos humanos»; «La verdad integral sobre el hombre»; «El Evangelio y el hombre»; «El auténtico humanismo»; «Alienación y manipulación del hombre»; etc. En ese contexto Juan Pablo II dedicó en esa ocasión gran atención a la cultura.

Aunque más adelante nos dedicaremos específicamente a ello, es necesario para encuadrar correctamente la cultura, dejar constancia de que todo lo que le atañe a ella, atañe también necesariamente al hombre². Citando a Santo Tomás de Aquino afirmará el Papa que «el hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura»³, hasta el punto de decir que la misma vida humana es cultura «en el sentido de que el hombre, a través de ella, se distingue y se diferencia de todo lo demás que existe en el mundo visible»⁴. Y así, justo a continuación de estas palabras, da la definición a la que nos acabamos de referir:

«La cultura es un modo específico del *existir* y del *ser* del hombre»⁵.

Nos encontramos a todas luces con una verdadera definición que trata de establecer la esencia de la cultura en relación directa con el hombre, tanto en lo que se refiere al ser como al existir.

En una primera aproximación podemos decir que la cultura es algo dotado de una intrínseca ambigüedad e indeterminación. Acabamos de escribir que, «es un modo específico del existir y del ser del hombre», lo cual nos pone en camino de afirmar que toda realidad que afecte al ser y al existir del hombre puede, en un principio, considerarse como elemento constitutivo de la cultura.

Según esto, es cultura todo aquello que es manifestación del modo de ser y de existir del hombre. Así entendida

la cultura aparece como el ámbito en el que el hombre desarrolla su existencia, es decir, el conjunto de circunstancias históricas, políticas y sociales que determinan el contexto en el que el hombre vive. Del mismo modo es cultura todo aquello que puede considerarse fruto de la actividad humana tanto en su aspecto espiritual como material, entendiendo por material todo aquello que es más directamente producto de su técnica.

«La cultura abarca también —en palabras del Papa— las formas a través de las cuales los valores se expresan y se configuran, es decir, las costumbres, el arte, la literatura, las instituciones, y las estructuras de la convivencia social»⁶.

Si partiendo de esto queremos dar una relación de las distintas realidades que constituyen la cultura, tendremos que decir que aquélla sería ilimitada, y a continuación mencionar algunas a modo de ejemplo, tales como el Estado, el arte, la economía, la filosofía, la ciencia, el derecho, la literatura, el lenguaje, la religión, la técnica, el progreso, ...

No se puede ignorar, sin embargo, que como se ha dicho, la cultura es un «modo específico», es decir, no se trata de cualquier manifestación del ser del hombre, sino que es un modo que tiene alguna determinación. Esta podemos encontrarla en el mismo Discurso que nos ocupa. Retomando lo que ya hemos adelantado, la cultura se nos presenta como algo que permite al hombre vivir «una vida verdaderamente humana». Es más, el Papa afirmará que la «cultura es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, es más, accede más al ser»⁷.

Por poner un ejemplo al que ya nos hemos referido y al que Juan Pablo II dedica mucha atención, podemos fijarnos en el progreso entendido como desarrollo técnico, y preguntarnos si el progreso, en cuanto tal, puede ser incluido en la definición de cultura. El Papa abordará esta cuestión en la Encíclica *Redemptor hominis* en los siguientes términos: «La primera inquietud se refiere a la cuestión esencial y fundamental: ¿este progreso, cuyo autor y fautor es el hombre, hace la vida del hombre sobre la tierra, y en todos sus aspectos más humana?; ¿la hace más digna del hombre? No puede

dudarse de que, bajo muchos aspectos, la haga así. No obstante esta pregunta vuelve a plantearse obstinadamente por lo que refiere a lo verdaderamente esencial: si el hombre, en cuanto hombre, en el contexto de este progreso, se hace de veras mejor, es decir, más maduro espiritualmente, más consciente de la dignidad de su humanidad, más responsable, más abierto a los demás...»⁸.

Del mismo modo que lo decimos para el progreso lo podemos decir para cualquier otra manifestación del hombre: sólo aquéllos que cooperen a que el hombre desarrolle una existencia verdaderamente humana pueden ser consideradas como integrantes de la definición de cultura. Esta —dirá Juan Pablo II— «se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es»⁹. La primera determinación, por tanto, para que una manifestación humana sea verdaderamente cultural es que contribuya a la realización del hombre en cuanto tal, es decir, en cuanto persona.

b) *La vida del espíritu.*

A raíz de estas consideraciones comprendemos mejor las palabras que en enero de 1981 dirigía Su Santidad al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede: «La cultura —decía en aquella ocasión— es la vida del espíritu; es la clave que permite el acceso a los secretos más profundos y más celosamente guardados, de la vida de los pueblos; es la expresión fundamental y unificadora de su existencia»¹⁰.

La cultura es principalmente manifestación del ser espiritual del hombre; es camino que permite acceder a valores verdaderamente humanos. Es, también, un proceso de búsqueda fundamental de lo bello, de lo verdadero, del bien que expresa de la mejor manera al hombre como sujeto portador de la transcendencia de la persona, que le ayuda a ser lo que debe *ser* y no sólo a valorarse por lo que *tiene* o por lo que posee»¹¹.

Por «vida espiritual» el Papa entiende aquella «realidad global» que encierra «las riquezas de las convicciones religio-

sas, de la historia, del patrimonio literario y artístico, del substrato etnológico, de las actitudes, y de la *forma mentis* de los pueblos»¹². Es decir, cuando decimos cultura podemos entender «el conjunto de principios y valores que constituyen el *ethos* de un pueblo, la fuerza que lo unifica en profundidad»¹³.

En ese ámbito es donde se forja el hombre que cada uno hemos de llegar a ser¹⁴, porque es parte constitutiva de la cultura «el cultivo de los propios talentos, tanto por parte del individuo como por parte del grupo social, con el fin de perfeccionarse a sí mismo y de dominar la naturaleza»¹⁵. De este modo, mediante la cultura, el hombre se sitúa en continuidad con el plan creador de Dios, el cual le ha dado al hombre un conjunto de capacidades para que con su inteligencia y su trabajo los desarrolle y haga fructificar.

«Esto parece evidente, si consideramos que la cultura, en su realidad más profunda, no es sino el modo particular que tiene un pueblo de cultivar las propias relaciones con la naturaleza, entre sus miembros y con Dios, de forma que alcance un nivel de vida verdaderamente humano»¹⁶.

Al llegar a este punto, pero sin detenernos en ello ya que lo haremos más adelante, nos parece oportuno señalar cómo la cultura tiene a la religión como elemento constitutivo esencial, más aún, como fundamento.

c) *Vehículo de comunicación.*

Según las últimas palabras del Papa a las que nos hemos referido, la cultura puede ser considerada como vehículo de relación y comunicación entre los hombres, entre estos y la naturaleza y con Dios mismo.

Efectivamente, en el Discurso a la UNESCO, se afirma que el hombre se «expresa en y por la cultura»¹⁷. La cultura es expresión del hombre al tiempo que es comunicación con el ambiente que está llamado a señorear, y, principalmente, del hombre con los demás hombres. Es, en palabras de Juan

Pablo II, una «dimensión relacional y social de la existencia humana»¹⁸.

Aglutinando en una única expresión los conceptos que acabamos de barajar, nos parece oportuno señalar otra definición de cultura dada por el Papa y de la cual él mismo dice que la usaba con gusto en París¹⁹. La cultura es un «sistema auténticamente humano, síntesis espléndida del espíritu y del cuerpo»²⁰.

3. *Los fundamentos de la cultura.*

Una vez que nos hemos referido a algunas definiciones de cultura que hace Juan Pablo II trataremos de comprender mejor su alcance y contenido, desarrollando lo que ha quedado implícito en el apartado anterior. Será éste un intento de profundizar más en los fundamentos de la cultura, es decir, en aquellos aspectos esenciales en los que se apoya firmemente y que son, a su vez, garantía de auténticas manifestaciones culturales.

Ciertamente estos fundamentos pueden reducirse a uno solo —ya lo hemos señalado anteriormente en varias ocasiones—: el hombre. Él «es el hecho primordial y fundamental de la cultura»²¹. «El hombre, que en el mundo visible, es el único sujeto óntico de cultura, es también su único objeto y su término»²². Un hombre considerado en su totalidad y no bajo alguno de los aspectos de su personalidad, de su ser o de su existir. «Lo es el hombre en su totalidad: en el conjunto integral de su subjetividad espiritual y material»²³. Sólo a través del hombre considerado en su integridad es posible comprender la cultura²⁴.

Con estas consideraciones a la vista podemos hacer ahora una disección de la realidad compleja que constituye el hombre para facilitar un entendimiento más hondo del fundamento de la cultura, teniendo siempre muy presente que es *todo* el hombre, el hombre considerado en su integridad, y no parcialmente, el único sustento de la cultura. «La humanización, es decir, el desarrollo del hombre, se efectúa en to-

dos los campos de la realidad en la que el hombre está situado y se sitúa: en su espiritualidad y corporeidad, en el universo, en la sociedad humana y divina. Se trata de un desarrollo armónico, en el cual todos los sectores de los que forma parte el ser hombre se, enlazan unos con otros: la cultura no se refiere ni únicamente al espíritu ni únicamente al cuerpo, y tampoco únicamente a la individualidad ni a la sociabilidad o universalidad. La reducción *ad unum* da lugar siempre a culturas deshumanizadoras, en las cuales el hombre es espiritualizado o es materializado, es disociado o es despersonalizado. La cultura debe cultivar al hombre y a cada hombre en la extensión de un humanismo integral y pleno en el cual todo el hombre y todos los hombres son promovidos en la plenitud de cada dimensión humana. La cultura tiene como fin esencial promover el ser del hombre y proporcionarle los bienes necesarios para el desarrollo de su ser individual y social»²⁵.

a) *El hombre en cuanto a su naturaleza.*

Introducidos en este camino, el Papa trata de recoger y hacer suya «la experiencia de las distintas épocas, sin excluir la presente». Esta «demuestra que se piensa en la cultura y se habla de ella principalmente en relación con la naturaleza del hombre, y luego solamente de manera secundaria e indirecta en relación con el mundo de sus productos»²⁶. Por ello, «la cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria con lo que el hombre es»²⁷.

En este contexto entendemos por naturaleza humana el resultado de la síntesis cuerpo-espíritu que constituye al hombre y así, la cultura «deriva inmediatamente de la naturaleza racional del hombre»²⁸.

Dada la primacía de la parte espiritual con respecto a la material en el hombre, la cultura se fundamenta principalmente en aquélla, pero sin excluir a ésta.

La cultura proviene de la naturaleza en cuanto que el hombre recibe de ella gratuitamente un conjunto de capacidades, que con su inteligencia, voluntad y su trabajo le compete desarrollar y hacer fructificar. Ese cultivo de las capacidades recibidas con el fin de perfeccionarse a sí mismo y de dominar la naturaleza construye —dice el Papa— la cultura²⁹.

A este respecto nos parece conveniente hacer mención del número 53 de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* recogido por Juan Pablo II en una de sus homilías durante su estancia en Nairobi (Kenia). «Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales. Siempre pues que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan unidas estrechísimamente» (*Gaudium et Spes*, 53)³⁰.

Acabamos de mencionar las palabras «fin» y «perfeccionamiento». Esto supone la existencia de un proyecto al cual el hombre deba ajustarse. Es difícil pensar en un modelo fijo, cementado —por decirlo de algún modo—, estático; pero sí podemos pensar —y por ahora nos conformaremos con ello— en algún principio que haga válido un proyecto cultural. El Papa afirmará que para ello «no podrá dejar de atribuir la primacía de la dimensión espiritual, aquella dimensión que se relaciona con el sentimiento en el ser más que con el crecimiento en el tener»³¹.

Esta es la razón de que la relación entre la cultura y lo que el hombre «tiene» sea secundaria e, incluso, totalmente relativa. «Todo el 'tener' del hombre no es importante para la cultura, ni es factor creador de cultura, sino en la medida en que el hombre, por medio de su 'tener', puede al mismo tiempo 'ser' más plenamente como hombre, llegar a ser más plenamente hombre en todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza su humanidad... Esto no impide, por otra parte, que juzguemos el fenómeno de la cultura a partir de lo que el hombre produce, o que de esto saquemos conclusiones acerca del hombre. Un procedimiento semejante (...) contiene en sí mismo la posibilidad de remontarse, en sentido inverso, hacia las dependencias óntico-

causales. El hombre, y sólo el hombre, es 'autor' o 'artífice' de la cultura; el hombre, y solo el hombre, se expresa en ella y en ella encuentra su propio equilibrio»³².

Por esto, al hacer referencia a las «ciencias» del hombre dirá Juan Pablo II que «hay una verdad del hombre que trasciende toda tentativa de reducción a un aspecto particular, cualquiera que éste sea». No se puede «hacer abstracción de las realidades espirituales y morales que son esenciales a la existencia humana, ni de los valores que de ella derivan»³³.

Es en base a esta negativa de reducir al hombre a un aspecto parcial de su realidad como podemos hablar tanto de «cultura espiritual» y de «cultura material» sin contraponer la una a la otra: «Es necesario constatar al mismo tiempo que, por una parte, las obras de la cultura material hacen aparecer siempre una 'espiritualización' de la materia, una sumisión del elemento material a las fuerzas espirituales del hombre, es decir, a su inteligencia y a su voluntad, y que, por otra parte, las obras de la cultura espiritual manifiestan, de forma específica, una 'materialización' del espíritu, una encarnación de lo que es espiritual. Parece que —concluye el Papa—, en las obras culturales, esta doble característica es igualmente primordial y permanente»³⁴.

Queremos, por último, señalar otro aspecto más de las relaciones íntimas que se establecen entre naturaleza y cultura. Si bien es cierto que el hombre es fundamento de la cultura, no es menos cierto que ésta permite conocer más plenamente lo que el hombre es. «La milenaria experiencia de tantos pueblos, el progreso de la ciencia y la técnica, la evolución de las instituciones sociales, el despliegue de las artes: todos éstos son medios a través de los cuales se va revelando más plenamente la naturaleza del hombre, abren nuevas vías hacia la verdad y pueden ahondar en nosotros la comprensión de los misterios de Dios. El avance de las ciencias cósmicas, y las ciencias de la vida, las comunicaciones, la medicina, la educación de masas, la sicología, los medios de producción, la producción de datos a través de la electrónica: todo esto puede ayudar a lograr un aprecio más profundo del hombre»³⁵.

b) *El hombre como persona.*

La cultura presupone y «exige una visión integral del hombre entendido en la totalidad de sus capacidades morales y espirituales, en la plenitud de su vocación»³⁶. Las bases de esta afirmación hecha en 1986 las encontramos en el n° 10 del Discurso en la sede de la UNESCO del 2-VI-1980 en París. En él se dice: «Para crear cultura hay que considerar integralmente, y hasta sus últimas consecuencias, al hombre como valor particular y autónomo, como sujeto portador de la trascendencia de la persona. Hay que *afirmar al hombre por él mismo* y no por ningún otro motivo o razón: ¡única-mente por él mismo! Más aún, hay que amar al hombre porque es hombre, hay que reivindicar el amor por el hombre en razón de la particular dignidad que posee»³⁷.

En la base de la cultura está siempre el hombre en cuanto persona, es decir, el hombre caracterizado por su singularidad. Si esto no fuera así, lo que estaría en la base de cada cultura, sería simplemente el conjunto de circunstancias de orden histórico, político o económico que caracterizan una época. Estas por sí mismas nunca pueden ser criterio suficiente para la comprensión de la cultura. «Las culturas humanas reflejan, sin duda, los diversos sistemas de relaciones de producción; sin embargo, no es tal o tal sistema lo que está en el origen de la cultura, sino el hombre, el hombre que vive en el sistema, que lo acepta o que intenta cambiarlo. No se puede pensar una cultura sin subjetividad humana y sin causalidad humana; sino que, en el campo de la cultura, el hombre es siempre el hecho primero: el hombre es el hecho primordial y fundamental de la cultura»³⁸.

Es siempre el hombre individual quien al asumir la realidad que lo rodea, al hacerla propia y pasarla por el filtro de su subjetividad, crea una realidad cultural.

Desde que dio comienzo a su pontificado ha sido manifiesta la preocupación del Papa por «cada hombre». Se trata de «todo hombre, en toda su irrepetible realidad del ser y del obrar, del entendimiento, de la voluntad, de la conciencia y del corazón»³⁹.

c) *La religiosidad del hombre.*

«Querría detenerme aquí en otra consideración esencial (...) Podemos abordarla haciendo notar que la Santa Sede está representada en la UNESCO por su Observador permanente, cuya presencia se sitúa en la perspectiva de la naturaleza misma de la Sede Apostólica. Esta presencia está en consonancia, en un sentido aún más amplio, con la naturaleza y misión de la Iglesia católica e, indirectamente, con la de todo el cristianismo»⁴⁰.

Con estas palabras introducía en la Sede de la UNESCO en París, un tema de gran importancia tanto para el futuro de la humanidad, como para el de la cultura: las relaciones entre cultura y religión.

Existe —afirmará categóricamente el Romano Pontífice— «una *relación orgánica y constitutiva* (...) entre la religión en general y el cristianismo en particular por una parte y *la cultura* por otra»⁴¹. Es la misma historia quien demuestra esta realidad. «A lo largo de la historia hemos sido ya más de una vez, y lo somos aún, *testigos de un proceso, de un fenómeno muy significativo*. Allí donde han sido suprimidas *las instituciones religiosas*, allí donde se ha privado de su derecho de ciudadanía a las ideas y a las obras nacidas de la inspiración religiosa, y en particular de la religión cristiana, los hombres encuentran de nuevo esto mismo *fuera de los caminos institucionales*, a través de la confrontación que tiene lugar, en la verdad y en el esfuerzo interior, entre lo que constituye su humanidad y el contenido del mensaje cristiano»⁴².

Se esconde en estas palabras una verdad sobre la cultura que no puede silenciarse. Siempre que se busque en ella lo que es verdaderamente humano, o «aquello en lo cual se expresa el hombre o a través de lo cual quiere ser el sujeto de su existencia»⁴³, habrá de afirmarse necesariamente que la cultura se apoya en la dimensión religiosa del hombre en general y en el cristianismo en particular.

Así lo afirmaba la Conferencia de Puebla en palabras recogidas por Juan Pablo II con ocasión de la visita «ad limi-

na» de los Obispos de Uruguay: «Lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o contravalores religiosos. Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda donde el hombre encuentra respuesta a las preguntas básicas y definitivas que nos acosan (Puebla, 389)»⁴⁴.

La cultura en cuanto vehículo de comunicación, iluminada por la fe, «expresa asimismo la comunicación plena del hombre con Dios en Cristo, y al contacto con las verdades reveladas por Dios, encuentra más fácilmente el fundamento de las verdades humanas que promueven el bien común»⁴⁵. Esta es la auténtica *sabiduría* que inspira los «valores que fundamentan la existencia» y se hallan en la base de toda obra cultural auténticamente humana⁴⁶.

Aunque son abundantes los textos en los cuales el Papa se refiere a la religiosidad popular y a la del hombre como fundamento de la cultura, está pensando en el fondo no tanto en una fundamentación antropológica de la cultura, cuanto en su revitalización por la fe cristiana, es decir en su cristianización y su nueva evangelización. Así lo expresaba en el Discurso a la UNESCO: «Pienso sobre todo en la vinculación fundamental del Evangelio, es decir, del mensaje de Cristo y de la Iglesia con el hombre en su humanidad misma. Este vínculo es efectivamente creador de cultura en su fundamento mismo»⁴⁷.

Más adelante nos dedicaremos a comentar estas palabras y a profundizar en las relaciones entre fe y cultura, o Evangelio y cultura, en las enseñanzas de Juan Pablo II con vistas a la realización de esa gran tarea que consiste en la implantación de una «cultura engendrada por la fe»⁴⁸. Por ahora basta para nuestro propósito poner de manifiesto lo que ya se ha escrito: existe una relación orgánica y constitutiva entre la religión y la cultura.

4. Órdenes de la cultura.

Una vez estudiados someramente los fundamentos principales de la cultura, nos introducimos en la considera-

ción de lo que podemos denominar «ordenes de la cultura», es decir, aquellas dimensiones o manifestaciones más inmediatas que emanan de sus fundamentos. En otras palabras: queremos referirnos a aquellas características que debe reunir la cultura para merecer verdaderamente este nombre.

a) *Dimensión humanizadora de la cultura.*

Ya en 1980, Juan Pablo II recoge unas palabras de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II: «Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores culturales»⁴⁹.

Esta idea irá apareciendo a lo largo de todo su magisterio. Con el transcurso del tiempo va tomando cuerpo a la vez que se va desglosando en diversidad de aspectos que intentaremos ir señalando. Lo que aparece claro en el pensamiento del Papa es que el cometido principal de la cultura es el de permitir al hombre ser realmente hombre, es decir, la cultura tiene una dimensión humanizadora.

Esta idea es expresada de distintas maneras por Juan Pablo II. A la UNESCO le diría en 1980: «El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura»⁵⁰ y, como ya señalamos en su momento: «la cultura es aquello por lo que el hombre en cuanto hombre se hace más hombre»⁵¹.

Tres años más tarde este pensamiento se haría más categórico. Ante el Pontificio Consejo para la cultura afirma el Papa: «Nuestra fe nos da una confianza en el hombre —en el hombre creado a imagen y semejanza de Dios y rescatado por Cristo— que deseamos defender y amar por él mismo, conscientes de que él no es hombre más que por su cultura, es decir, por su libertad de crecer integralmente y con todas sus capacidades específicas»⁵².

La cultura desde esta perspectiva aparece como «lugar en el que se humaniza a la persona humana», y en el que ésta «accede cada vez más profundamente a su humanidad»⁵³. Su objetivo, por tanto «es hacer del hombre una persona, un

espíritu plenamente desarrollado, capaz de llegar a la perfecta realización de todas sus capacidades»⁵⁴; un hombre espiritualmente maduro, plenamente educado en el conjunto de todas sus capacidades. Este es el «hecho cultural primero y fundamental»⁵⁵.

Esto es lo que se quiere significar con la expresión «la cultura es para el hombre»⁵⁶ y lo que permite a la vez que la cultura sea un modo a través del cual se le pueda definir. «Los recientes progresos de la antropología cultural y filosófica demuestran que se puede obtener una definición no menos precisa de la realidad humana refiriéndose a la cultura. Ésta caracteriza al hombre y lo distingue de otros seres no menos claramente que la razón, la libertad y el lenguaje. En efecto, tales seres no tienen cultura, no son artífices de cultura; a lo sumo, son pasivos receptores de iniciativas culturales llevadas a cabo por el hombre. Para su crecimiento y supervivencia, están dotados por la naturaleza de ciertos instintos y determinados subsidios para su defensa y subsistencia; el hombre, por el contrario, en vez de estas cosas, posee la razón y las manos, que son los órganos de los órganos, en cuanto que con su ayuda el hombre puede proveerse de instrumentos para conseguir sus fines (cfr. Santo Tomás, *S. Th.* I, 76, 5 ad 4)»⁵⁷.

Que la cultura sea humanizadora quiere decir que ha de respetar dos aspectos principales de la persona: la libertad y la moralidad.

a') *La libertad.*

Al tratar de la libertad hemos de tener en cuenta que ha de estar enraizada en la verdad, según las palabras del mismo Cristo: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»⁵⁸. «Estas palabras —se lee en la Encíclica *«Redemptor hominis»*— encierran una exigencia fundamental y al mismo tiempo una advertencia: la exigencia de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad, y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral,

cualquier libertad que no profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo»⁵⁹.

Si reconocemos la verdad como un bien humano, queda justificada la exigencia de la libertad ante la verdad, porque, «¿cómo podrá un bien humano conseguir su realización sino a través de la libertad?»⁶⁰. Estas palabras pronunciadas en un contexto muy concreto en defensa de la libertad de la ciencia son igualmente aplicables a toda manifestación cultural. En este sentido es importante el discurso dirigido por el Papa a los hombres de la cultura en Río de Janeiro. Entre otras cosas les decía:

«Fuera de la libertad no puede haber cultura. La verdadera cultura de un pueblo, su plena humanización, no se pueden desarrollar en un régimen de coerción: 'La cultura —dice la Constitución conciliar *Gaudium et spes* 59—, *por dimanar inmediatamente de la naturaleza racional y social del hombre, tiene siempre necesidad de una justa libertad para desarrollarse y de una legítima autonomía en el obrar según sus propios principios*'.

La cultura no debe sufrir ninguna coerción por parte del poder, sea político o económico, sino ser ayudada por el uno y por el otro en todas las formas de iniciativa pública y privada conformes con el verdadero humanismo, con la tradición y con el espíritu auténtico de cada pueblo.

La cultura que nace libre debe además difundirse en un régimen de libertad. El hombre culto tiene el deber de proponer su cultura, pero no puede imponerla. La imposición contradice a la cultura, porque contradice a ese proceso de libre asimilación personal por parte del pensamiento y del amor que es peculiar de la cultura del espíritu. Una cultura impuesta no sólo contrasta con la libertad del hombre, sino que obstaculiza el proceso formativo de la propia cultura, la cual, en su complejidad, desde la ciencia hasta la forma de vestir, nace de la colaboración de todos los hombres.

La Iglesia reivindica en favor de la cultura, por ello en favor del hombre, tanto en el proceso de desarrollo cultural como en el hecho de su propagación, una libertad análoga a la que en la Declaración conciliar *Dignitatis humanae* reclama para la libertad religiosa, fundada esencialmente sobre la dignidad de la persona humana y conocida tanto por medio de la Palabra de Dios como a través de la razón (cf. n. 2)⁶¹.

Tanto la verdad como la libertad forman parte, junto con la justicia y el amor, de los cuatro valores que deben estar en la base del mundo de la cultura⁶².

b') *La moralidad.*

La consideración de la libertad como uno de los aspectos básicos que han de ser tenidos en cuenta al tratar de la dimensión humanizadora de la cultura nos conduce necesariamente al aspecto moral de la misma. «Al mismo tiempo que respeta la libertad, la cultura debe promoverla; esto es, debe tratar de equipararla con las virtudes y hábitos que contribuyen a formar lo que San Agustín llamaba la *libertas maior*; es decir, la libertad en su pleno desarrollo, la libertad en un estado moralmente adulto, capaz de opciones autónomas frente a las tentaciones procedentes de cualquier forma de amor desordenado de sí mismo. La cultura plena comprende la formación moral, la educación para las virtudes de la vida individual, social y religiosa. 'No hay duda (decía en mi reciente discurso a la UNESCO) de que el hecho cultural primero y fundamental es el hombre espiritualmente maduro, es decir, el hombre plenamente educado, el hombre capaz de educarse por sí mismo y de educar a los otros. No hay duda tampoco de que la dimensión primera y fundamental de la cultura es la sana moralidad: la cultura moral' (n. 12)⁶³.

Esto es así, porque la cultura «debe llevar al hombre a su realización plena en su trascendencia sobre las cosas; ha de impedir que se disuelva en el materialismo de cualquier

índole y en el consumismo, o que sea destruído por una ciencia y una tecnología al servicio de la codicia y de la violencia de poderes opresivos y enemigos.

Es necesario que los hombres y mujeres de cultura estén dotados no sólo de comprobada competencia, sino también de una clara y sólida conciencia moral, con lo cual no tendrán que subordinar su propia acción a los 'imperativos aparentes' hoy dominantes; sino que sirvan con amor al hombre, 'al hombre y a su autoridad moral, que proviene de la verdad de sus principios y de la conformidad de sus actos con esos principios' (Discurso a la UNESCO, 2, junio, 1980, n. 11)»⁶⁴.

Existe, pues, una tarea propia de la cultura y de cada hombre en particular, que es la de recuperar la conciencia de la primacía de los valores morales. «Volver a comprender el sentido último de la vida y de sus valores fundamentales es el gran e importante cometido que se impone hoy día para la renovación de la sociedad. Sólo la conciencia de la primacía de éstos permite un uso (...) verdaderamente orientado como fin a la promoción de la persona humana en toda su verdad, en su libertad y en su dignidad»⁶⁵.

b) *La educación.*

Para llegar a hacer realidad todo ésto es necesaria la existencia de una tarea educativa en íntima conexión con la cultura tal como la hemos descrito y caracterizado hasta el momento. Juan Pablo II afirmará que «*la primera y esencial tarea de la cultura en general y también de toda cultura, es la educación*»⁶⁶.

Su cometido esencial consiste en formar al hombre en su trascendencia en la sana ambición de ser hombre⁶⁷, es decir, que «a través de todo lo que 'tiene', todo lo que 'posee', sepa 'ser' más plenamente hombre»⁶⁸.

En esta tarea hemos distinguido dos niveles: la instrucción y la formación de la conciencia.

a') *Instrucción.*

El nivel más elemental de ésta es lo que el Papa denomina «popularización de la instrucción» que ha de darse en todos los grados y a todos los niveles, en la línea de la eliminación del analfabetismo⁶⁹. Partiendo de la base de que los retrasos en este campo están «ligados muchas veces a una distribución de los bienes radicalmente desigual e injusta»⁷⁰, es necesario enseñar al hombre a «disponer y administrar los medios que posee, para su bien propio y para el bien común. La instrucción es indispensable para ello»⁷¹.

Una instrucción que caiga en el error de desplazarse unilateralmente hacia el sentido estricto del término, es decir, aquel que en lugar de obrar en favor de lo que el hombre debe «ser» actúe en favor de lo que el hombre puede crecer en el aspecto del «tener», de la «posesión», es lo que el Papa denomina «alienación de la educación»⁷².

La siguiente etapa de esta alienación —continuará diciendo— es habituar al hombre, privándole de su propia objetividad, a ser *objeto de múltiples manipulaciones*: las manipulaciones ideológicas o políticas que se hacen a través de la opinión pública; las que tienen lugar a través del monopolio o del control, por parte de las fuerzas económicas o de los poderes políticos, de los medios de comunicación social; la manipulación, finalmente, que consiste en enseñar la vida como manipulación específica de sí mismo⁷³.

b') *Formación de la conciencia.*

Junto con la instrucción, entendida tal y como acabamos de ver, es necesaria al mismo tiempo la formación de la conciencia, ya que «la cultura, cultivo del hombre en todas sus facultades y expresiones no es solamente promoción del pensamiento o de la acción»⁷⁴.

Una cultura que desatendiera este aspecto, es decir, una cultura que se orientara al puro conocimiento podría dar origen a un «humanismo orgulloso puramente terrestre; la ac-

ción y el placer pueden originar pseudoculturas de una productividad incontrolada... La promoción del conocimiento es indispensable, pero es insuficiente cuando no va acompañada por una cultura moral»⁷⁵.

Cultura moral y formación de la conciencia se unen así estrechamente a la hora de determinar los fundamentos y las características de la verdadera cultura. Aquella —la cultura moral— aparece como fundamento, mientras que la formación de la conciencia se presenta como fruto necesario.

Conciencia y verdad aparecen unidas en la mente de Juan Pablo II, especialmente cuando trata de la formación universitaria y de la ciencia. «Sólo se puede hablar de 'ciencias' del hombre en un sentido muy especial, radicalmente distinto del sentido habitual, precisamente porque hay una verdad del hombre que trasciende toda tentativa de reducción a un aspecto particular, cualquiera que éste sea. En este campo un investigador verdaderamente completo no puede, ni en la elaboración del saber ni en sus aplicaciones, hacer abstracción de las realidades espirituales y morales que son esenciales a la existencia humana ni de los valores que de ellas se derivan. Pues la verdad fundamental es que la vida del hombre tiene un sentido, del que depende el valor de la existencia personal como una justa concepción de la vida en sociedad»⁷⁶.

La formación de la conciencia es, pues, amor a la verdad⁷⁷ y ha de estar presente en todo el proceso educativo del hombre, de modo que éste no caiga «en la tentación de ideologías, engañosas siempre por simplificadoras», para estar de este modo «en condiciones de buscar a un nivel superior la verdad sobre sí mismo y sobre su misión en la sociedad»⁷⁸.

c) *El derecho de la nación.*

No tendríamos una correcta noción de lo que es la cultura si dejásemos de lado el carácter comunitario y social del hombre.

Efectivamente, en la Encíclica *Redemptor hominis*, al referirse el Papa a que el camino de la Iglesia es el camino

del hombre, ponía de manifiesto esta realidad: no acertaríamos a entender al hombre en toda su verdad si no consideramos el conjunto de relaciones que lo unen a los demás hombres.

Así se expresaba Su Santidad en el documento mencionado: «El hombre en su realidad singular (porque es 'persona'), tiene una historia propia de su vida y sobre todo una historia propia de su alma. El hombre que conforme a la apertura interior de su espíritu y al mismo tiempo a tantas y tan diversas necesidades de su cuerpo, de su existencia temporal, escribe esta historia suya personal por medio de numerosos lazos, contactos, situaciones, estructuras sociales que lo unen a otros hombres; y esto lo hace desde el primer momento de su existencia sobre la tierra, (...) El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social —en el ámbito de su propia familia, en el ámbito de la sociedad y de los contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación, o pueblo (...) en el ámbito de toda la humanidad— este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión»⁷⁹.

Es más, la vida de cada hombre individual, de cada persona, sólo puede alcanzar su sentido pleno, si se tiene previamente una justa concepción de la vida en sociedad⁸⁰.

Y si —como ya hemos afirmado repetidas veces— la cultura abarca a *todo* el hombre, siendo su primer objetivo el desarrollo de éste, hemos de afirmar ahora que la cultura abarca también la totalidad de la vida de un pueblo: «el conjunto de valores que lo animan y que, siendo compartidos por todos los ciudadanos, los reúnen en base a una misma 'conciencia personal y colectiva' (Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 18)»⁸¹.

La cultura comienza desarrollándose en el ámbito de la familia. En ella tienen lugar las primeras relaciones del hombre con los otros hombres. Por ello, en nombre del futuro del hombre y de la cultura se debe exigir «una sana primacía de la familia en el conjunto de la acción educativa del hombre para una verdadera humanidad»⁸².

La educación del hombre ha de realizarse sobre todo en la familia; este es el «núcleo fundamental creador de cultura» y de él depende el éxito o el fracaso en la formación del hombre⁸³.

Existe un «nivel superior», que corresponde al Estado y a los órganos de quienes depende la familia, que ha de preocuparse de buscar el grado de moralidad pública suficiente que asegure a la familia y, especialmente, a los padres, la autoridad moral necesaria para la formación del individuo, preguntándose qué tipo de instrucción y qué formas de legislación sostienen esa autoridad o, al contrario, la debilitan o destruyen⁸⁴.

En la misma línea del derecho y la primacía de la familia, «en la base de la cultura y de la educación» debe situarse «el derecho de la nación»⁸⁵.

«La nación es, en efecto, la gran comunidad de los hombres que están unidos por diversos vínculos, pero sobre todo, precisamente por la cultura. La nación existe 'por' y 'para' la cultura, y así es ella la gran educadora de los hombres para que puedan 'ser más' en la comunidad»⁸⁶.

Por nación, entiende el Papa, «la comunidad que posee una historia que supera la historia del individuo y de la familia. En esta comunidad, en función de la cual educa toda la familia, la familia comienza su obra de educación por lo más simple, la lengua, haciendo posible de este modo que el hombre aprenda a hablar y llegue a ser miembro de la comunidad que es su familia y su nación»⁸⁷.

Una de las funciones principales de la cultura será, por tanto, la de ser garantía del crecimiento de los pueblos y preseveradora de su integridad⁸⁸. «Si se olvida esto, caen las barreras que salvaguardan la identidad y verdadera riqueza de los pueblos»⁸⁹.

Hemos de afirmar, con palabras tomadas del Discurso del Papa a la UNESCO que existe en consecuencia una «soberanía fundamental de la sociedad que se manifiesta en la cultura de la nación»⁹⁰, lo cual implica el derecho de la nación a fundamentar su propia cultura y su porvenir, no como ma-

nifestación de sentimientos «nacionalistas», sino en función de las «perspectivas humanas del desarrollo del hombre»⁹¹.

La cultura se constituye de esta forma en fuerza que permite conservar la propia identidad nacional y promover la cohesión de los individuos entre sí. En este punto aduce el Papa un testimonio personal: «Soy hijo de una nación que ha vivido las mayores experiencias de la historia, que ha sido condenada a muerte por sus vecinos en varias ocasiones, pero que ha sobrevivido y que ha seguido siendo ella misma. Ha conservado su identidad y, a pesar de haber sido dividida y ocupada por extranjeros, ha conservado su soberanía nacional, no porque se apoyara en los recursos de la fuerza física, sino 'apoyándose' exclusivamente en su 'cultura'»⁹².

«En resumen —diría el Papa un año después—, decir 'cultura' es expresar en una sola palabra la identidad nacional que constituye el alma de los pueblos y que sobrevive a pesar de las condiciones adversas, las dificultades de todo género, los cataclismos históricos o naturales, permaneciendo una y compacta a través de los siglos. En función de su cultura, de su vida espiritual, cada pueblo se distingue de otro, estando llamado por otra parte a complementarlo ofreciéndole la aportación específica que le es necesaria»⁹³.

En estas palabras está ya, como en su germen, el fundamento de la legitimidad de la pluralidad de las culturas de la que trataremos más adelante. Esta legítima autonomía de las culturas ha sido mantenida desde el primer momento por el Papa, y así, ante la UNESCO haría referencia a ella con las siguientes palabras: «Al expresarme así, pienso también, —acababa de referirse a su propia nación— con una profunda emoción interior, en las culturas de tantos pueblos antiguos que no han cedido cuando han tenido que enfrentarse a las civilizaciones de los invasores, y continúan siendo para el hombre, la fuente de su 'ser' de hombre en la verdad interior de su humanidad. Pienso con admiración también en las culturas de las 'nuevas sociedades', de las que despiertan a la vida en la comunidad de la propia nación —igual que mi nación se despertó a la vida hace diez siglos— y que luchan

por mantener su propia identidad y sus propios valores contra las influencias y las presiones de modelos propuestos desde el exterior»⁹⁴.

Por ello al concluir una de las partes de este Discurso alentaría con fuerza a quienes desde hace más de treinta años se reúnen en nombre de la primacía de las realidades culturales del hombre, de las comunidades humanas, de los pueblos y de las naciones: «Velen, con todos los medios a su alcance, por esta soberanía fundamental que posee cada nación en virtud de su propia cultura. Protéjanla como la niña de sus ojos para el futuro de la gran familia humana. ¡Protéjanla! No permitan que esta soberanía fundamental se convierta en presa de cualquier interés político o económico. No permitan que sea víctima de los totalitarismos, imperialismos o hegemonías, para los que el hombre no cuenta sino como objeto de dominación y no como sujeto de su propia existencia humana. Incluso la nación —su propia nación o las demás— no cuenta para ellos más que como objeto de dominación y cebo de intereses diversos y no como sujeto: el sujeto de la soberanía proveniente de la auténtica cultura que le pertenece en propiedad. ¿No hay, en el mapa de Europa y del mundo, naciones que tienen una *maravillosa soberanía histórica* proveniente de su cultura y que, sin embargo, se ven privadas de su plena soberanía? ¿No es éste un punto importante para el futuro de la cultura humana, importante sobre todo en nuestra época, cuando tan urgente es eliminar los restos del colonialismo?»⁹⁵.

d) *La ciencia.*

Es evidente que la ciencia ocupa un lugar importante en el ámbito de la cultura. Es ésta una afirmación en la que fácilmente se está de acuerdo. Lo que se trata en este apartado no es insistir en esta idea, sino ver —siguiendo el pensamiento del Papa— en qué condiciones y con qué características, dedicando también unas páginas a las relaciones ciencia, técnica y cultura.

a') *La ciencia como valor en sí mismo.*

Comencemos por sentar las bases trayendo a nuestra consideración unas palabras de Juan Pablo II pronunciadas en 1979 ante la Pontificia Academia de las Ciencias: «La ciencia pura es un bien digno de gran estima, pues es conocimiento. Ya antes de las aplicaciones técnicas se la debe honrar por sí misma, como parte integrante de la cultura»⁹⁶. Tan es así que se puede afirmar que «el progreso del conocimiento científico ha venido a ser el motor de un progreso cultural común»⁹⁷.

Ciencia y cultura se unen en un esfuerzo común por penetrar conjuntamente en el conocimiento de la verdad latente tanto en el hombre como en la naturaleza —el mundo—, así como en la realización del hombre.

La ciencia es principalmente búsqueda de lo verdadero: «Nos encontramos aquí como en los más elevados grados de la escala por la que el hombre, desde el principio, trepa hacia el conocimiento de la realidad del mundo que le rodea, y hacia el conocimiento de los misterios de su humanidad»⁹⁸. No podemos considerar la ciencia únicamente como un cúmulo de conocimientos, sino que en su esencia es «camino hacia lo verdadero»⁹⁹, «relación creativa con la verdad»¹⁰⁰.

«Toda la realidad ha sido confiada como tarea al entendimiento y a la capacidad cognoscitiva del hombre en la perspectiva de la verdad, la cual debe ser buscada y examinada hasta que aparezca en toda su complejidad y simplicidad de conjunto»¹⁰¹. Existe una verdad última acerca de todos y cada uno de los seres, de cada una de sus formas y sus leyes, escondida en el seno del universo que aspira a ser descubierta mediante la inteligencia humana. Esta es la finalidad de la ciencia que ha de ser afrontada con la valentía y audacia de la razón que busca lo verdadero sin tregua¹⁰².

«No hay ninguna razón —dice el Papa— para no ponerse de parte de la verdad o para adoptar ante ella una actitud de temor. La verdad y todo lo que es verdadero consti-

tuye un gran bien, al que nosotros debemos tender con amor y alegría». Mediante la ciencia «se desarrolla la razón, esa razón dada por Dios que, por su propia naturaleza, está determinada no hacia el error, sino hacia la verdad del conocimiento» ¹⁰³.

Ante una situación de crisis científica que hunde sus raíces en un concepto de verdad claramente reductivo y parcial —verdad que es entendida como éxito o como «funcionalidad», y que en muchos casos acaba por considerarse como algo totalmente superfluo ¹⁰⁴—, es «necesario recordar que la ciencia no es sólo un servicio para otros fines. El *conocimiento de la verdad* lleva en sí mismo *su propio sentido*. Es una realización de carácter humano y personal, un bien humano de alta estima ¹⁰⁵.

Por ello no queremos dejar de referirnos a dos textos pontificios que suponen un elogio y reconocimiento de la ciencia como valor que ha de ser cultivado en cuanto tal por el hombre.

El primero de ellos recoge un texto de Pío XI invitando a los miembros de la Pontificia Academia de las Ciencias —y con ello a todos los científicos—, a hacer «progresar cada vez más noble e intensamente las ciencias, sin pedirles nada más, y ello porque en esa meta excelente y en este trabajo noble consiste la misión de servir a la verdad, misión que les encomendamos...» ¹⁰⁶.

El otro texto es una cita del que fue Presidente de la Pontificia Academia de las Ciencias, Mons. Lemaître. En el contexto de una pregunta referente a si la Iglesia podía desentenderse de la ciencia, la identificaba con «la investigación de la verdad» y la definía como «la más noble de las ocupaciones estrictamente humanas» ¹⁰⁷.

b') *Notas distintivas de la verdadera ciencia.*

Acabamos de afirmar que la ciencia ha de progresar noble e intensamente y que no se le ha de pedir más. La si-

guiente pregunta surge en consecuencia casi espontáneamente: ¿Ha de ser respetado todo progreso de la ciencia como valor absoluto o existen por el contrario unos límites que no han de ser rebasados? La respuesta es evidente, pero vamos a tratar de perfilarla más precisamente.

b'.1. *Servicio al hombre.*

Al igual que lo hemos dicho para la cultura, también habremos de señalar una vez más que «toda ciencia tiene su realización plena en cuanto ciencia del hombre y para el hombre»¹⁰⁸, porque «en el descubrimiento de lo verdadero el hombre se realiza a sí mismo. Esta es pues la finalidad esencial de todo esfuerzo que se dirige al conocimiento de aspectos nuevos de la verdad en los varios campos de lo conocible. El hombre, ilustres señores, —les decía el Papa a los profesores de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán— es el fin de vuestro trabajo de profesionales de la cultura. Y es importante que no os canséis de mirar a este objetivo final de toda fatiga intelectual, porque existe el riesgo —por desgracia no sólo hipotético— de que la orientación o una meta tan noble se extravíe a lo largo del camino o, al menos, de que otros utilicen los frutos de vuestra investigación para fines que nada tienen que ver con el auténtico bien del hombre»¹⁰⁹.

Como expresaba el Romano Pontífice en Madrid en 1982, la ciencia, y la técnica derivada de ella, han provocado en nuestros días «profundos cambios en la sociedad, en las instituciones y también en el comportamiento de los hombres... Ante ello, la ciencia ha de sentir en adelante una responsabilidad mucho mayor. El futuro de la humanidad depende de ello ¡Hombres y mujeres que representáis la ciencia y la cultura: vuestro poder moral es enorme! Vosotros podéis conseguir que el sector científico sirva ante todo a la cultura del hombre y que jamás se pervierta y utilice para su destrucción»¹¹⁰.

La forma de llevar a cabo esta petición del Papa pasa por una «visión del hombre integral»¹¹¹, es decir, una visión

del hombre que exija la unión entre el progreso científico y el crecimiento moral y espiritual del hombre, porque «es mediante su espíritu que el hombre se realiza en cuanto tal»¹¹². Si no fuera así, al hacer ciencia y cultura, el hombre correría el riesgo de perder la noción del propio ser, el sentido pleno y completo de la propia existencia y, consiguientemente actuaría en dramático desacuerdo con la propia identidad¹¹³.

«Efectivamente, cuando el hombre pierde de vista la unidad interior de su ser corre el peligro de perderse a sí mismo, aun cuando a la vez puede aferrarse a muchas certezas parciales referentes al mundo o a aspectos periféricos de la realidad humana.

«Por esto os invito a descubrir, en la integral y grandiosa unidad interior del hombre, el criterio en el que deben inspirarse la actividad científica y el estudio, para poder proceder en armonía con la realidad profunda de la persona y, por tanto, al servicio de todo el hombre y de todos los hombres. El compromiso científico no es una actividad que mira sólo a la esfera intelectual. Afecta a todo el hombre. Efectivamente, éste se lanza con todas sus fuerzas en busca de la verdad, precisamente porque la verdad se le presenta como un bien. Existe, pues, una correspondencia inseparable entre la verdad y el bien. Esto significa que todo el actuar humano posee una dimensión moral. En otras palabras: hagamos lo que hagamos —también el estudio— advertimos en el fondo de nuestro espíritu una exigencia de plenitud y de unidad. Para evitar que la ciencia se presente como fin en sí misma, como tarea solamente intelectual, objetiva y subjetivamente extraña al ámbito moral, el Concilio ha recordado que ‘el orden moral abarca, en toda su naturaleza, al hombre’ (*Inter mirifica* 6). En definitiva —y cada uno de nosotros lo sabe por experiencia—, el hombre o se busca a sí mismo, la propia afirmación, la utilidad personal, como finalidad última de la existencia, o se dirige a Dios, Bien supremo y verdadero Fin último, el único en condiciones de unificar, subordinándolos y orientándolos a Él, los múltiples fines que de vez en cuando constituyen el objeto de nuestras aspiraciones y de nuestro trabajo. Por tanto, ciencia y cultura adquieren un

sentido pleno y coherente y unitario, si están ordenadas a la consecución del fin último del hombre, que es la gloria de Dios» ¹¹⁴.

Ahora bien, si es cierto que la valoración plena de la auténtica dignidad del hombre sólo es posible desde la fe, mediante la cual conocemos que «Dios creó al hombre a su imagen» (Gen 1,27), no es menos cierto que la razón, es decir, una ciencia que merezca el calificativo de verdadera, juega un papel muy importante: «La valoración de la dignidad personal del hombre y de su decisivo significado no es ya solamente posible a través de la fe; en esa valoración interviene también la razón, la cual es capaz de discernir lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, y de reconocer la libertad como condición fundamental de la existencia humana. Es un signo confortante de que la razón sobrepasa lo mundano» ¹¹⁵.

Más adelante retomaremos el tema planteado de las relaciones entre ciencia y fe. Baste por ahora poner de manifiesto, como pretendíamos, la finalidad de servicio al hombre integral que debe orientar la ciencia. En palabras del Papa, «es ya tiempo de que el hombre —imagen de Dios— vuelva a ser señor y meta de la ciencia y de la técnica con el fin de que la obra de su espíritu y de sus manos no los devore a él y a su entorno» ¹¹⁶.

b'.2. *La libertad de la ciencia.*

Si como acabamos de considerar la ciencia es un bien humano, es «del hombre y para el hombre», la necesidad de libertad de la ciencia surge de aquella premisa como una consecuencia inmediata. Tal como decía el Papa: «el proceso del conocimiento llega a ser al mismo tiempo proceso de educación de la propia humanidad que fructifica con el ejercicio responsable de la libertad humana. Cristo ha dicho: 'conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres' (Jn 8,32), indicando así la maduración conjunta del conocimiento y la libertad del hombre. En resumen, el valor de la verdad hu-

mana se mide por el modo en que el hombre hace uso del don de la libertad, de la libre voluntad ¹¹⁷.

Es decir, la libertad es medida de la verdadera ciencia y de su grado de humanidad. El fundamento de esta afirmación ha de buscarse en la íntima relación existente entre verdad y libertad. Toda ciencia verdadera por el hecho de serlo ha de ser libre: «La ciencia fundamental es un bien universal que todo pueblo debe tener posibilidad de cultivar con plena libertad respecto de toda forma de servidumbre internacional o de colonialismo intelectual. La investigación fundamental debe ser libre (...) Pues al igual que todas las demás verdades, la verdad científica no tiene efectivamente que rendir cuentas más que a sí misma y a la Verdad suprema, que es Dios, creador del hombre y de todas las cosas» ¹¹⁸.

Por ello, «sólo cultivando desinteresadamente la verdad, la cultura y sobre todo la ciencia conservan su libertad, y sólo así pueden defenderla contra todo intento de manipulación por parte de ideologías o poderes» ¹¹⁹.

Las afirmaciones aquí contenidas nos conducen a defender la legítima autonomía de investigación y la pluralidad de perspectivas concretas.

«Del mismo modo que la religión exige la libertad religiosa, así la ciencia reivindica legítimamente la libertad de investigación. Después de haber afirmado con el Concilio Vaticano I la legítima libertad de las artes y disciplinas humanas en el terreno de los propios principios y del método propio, el Concilio Ecuménico Vaticano II reconoce solemnemente 'la autonomía legítima de la cultura, y especialmente de las ciencias' (*Gaudium et spes*, 59). En esta ocasión de la conmemoración solemne de Einstein, quisiera reiterar de nuevo las declaraciones del Concilio sobre la autonomía de la ciencia en su función de investigación sobre la verdad inscrita en la creación por el dedo de Dios» ¹²⁰.

Y, por último, en la catedral de Colonia, argumentaba de este modo al referirse a la pluralidad científica: «La *ciencia libre, comprometida únicamente con la verdad*, no se deja aprisionar por el modelo de funcionalismo u otro modelo que

limite la comprensión de la racionalidad científica. La ciencia tiene que estar abierta, tiene que ser también pluralista; no tenemos por qué temer ante la pérdida de una orientación unitaria. Tal orientación está presente en el trinomio de la razón personal, la libertad y la verdad; aquí es donde arraiga y se afianza la pluralidad de perspectivas concretas» ¹²¹.

c') *La técnica.*

Entramos ahora en una segunda vertiente del conocimientos científico distinta de la investigación o conocimiento de la verdad como hasta este momento la habíamos venido considerando. En esta nueva vertiente, que denominamos habitualmente con el nombre de *técnica*, la ciencia se proyecta hacia aplicaciones prácticas, que encuentran su desarrollo pleno en las diversas tecnologías ¹²².

En la fase de sus realizaciones concretas, la ciencia es necesaria a la humanidad para satisfacer las exigencias legítimas de la vida y vencer los males varios que la amenazan ¹²³. Gracias a la técnica, las condiciones humanas de vida han mejorado de manera decisiva. Ello supone para la humanidad un enriquecimiento evidente. «Consideremos, en efecto, los resultados de las investigaciones científicas para un mejor conocimiento del universo, para una profundización del misterio del hombre, pensemos en los beneficios que pueden procurar a la sociedad y a la Iglesia los nuevos medios de comunicación y de encuentro entre los hombres, la capacidad de producir innumerables bienes económicos y culturales y, sobre todo, de promover la educación de masas, de curar enfermedades consideradas antes como incurables. ¡Cuántas admirables realizaciones! Todo ello para el honor del hombre (...) Es, por consiguiente, normal que el pueblo de Dios, solidario del mundo en el que vive, reconozca los descubrimientos y las realizaciones de nuestros contemporáneos y participe, en la medida de lo posible, en ellos para que el hombre mismo crezca y se desarrolle en plenitud» ¹²⁴.

Ocurre, sin embargo, que en la situación presente, la técnica ha llegado a presentarse al mismo tiempo como uno de los mayores peligros que amenazan al hombre.

Las causas de esta situación hay que buscarlas, entre otras, en el hecho de que para muchos, «la *transformación mundial en el aspecto técnico*, constituyó el sentido y el objetivo último de la ciencia»¹²⁵, es decir, en el progreso en cuanto tal como valor absoluto.

Desde esta perspectiva se da paso a una concepción de la ciencia y de la vida del hombre meramente funcional: «Nuestra cultura está permeada en todos los campos por una noción de ciencia bastante funcional, a saber: Que lo que es decisivo es el éxito técnico. Muchos sostienen que el hecho de que un proceso sea técnicamente capaz de producir un determinado resultado es motivo suficiente para no hacerse preguntas ulteriores sobre su legitimidad, incluso sobre la legitimidad del mismo resultado. Obviamente, tal concepción no deja espacio para un valor ético supremo, ni siquiera para la mera noción de verdad»¹²⁶.

«La razón misma aparecerá finalmente como simple función como instrumento de un ser, cuya existencia tiene sentido fuera del campo del conocimiento y de la ciencia; tal vez en el simple hecho de vivir»¹²⁷.

Lo grave es que desde esta perspectiva funcional se juzgan los valores, las normas y, sobre todo, la orientación espiritual del hombre y de la ciencia. «Precisamente aquí la ciencia topa con sus propias limitaciones. Se habla de una *crisis de legitimación* de la ciencia, de una crisis de orientación en toda nuestra cultura científica. ¿Dónde está el núcleo de la ciencia? La ciencia misma no puede dar una respuesta complexiva a la pregunta suscitada en esta crisis, a la pregunta por el sentido. Las afirmaciones científicas son siempre particulares. Sólo llegan a ser adecuadas si reciben un determinado perfeccionamiento. Están en un proceso de desarrollo y en este proceso son corregibles y perfeccionables. Pero, sobre todo, ¿cómo puede constituir el resultado de un proceso científico algo que se pone como base de dicho proceso y que, por tanto, es ya un presupuesto del mismo?»¹²⁸.

Evidentemente, no puede concebirse el conocimiento científico sólo como método hacia el éxito, pues eso sería simplificarlo demasiado. Lo contrario, sin embargo, es para Juan Pablo II, legítimo: «concebir el éxito como una prueba para valorar el conocimiento del que procede. No podemos ver el mundo técnico, obra del hombre, como un dominio totalmente alejado de la verdad. Tampoco es éste un mundo completamente vacío de sentido. (...) No hay ningún motivo para ver nuestra cultura técnica y científica como algo contrario al mundo creado por Dios. Es evidente que el conocimiento científico puede ser utilizado tanto para el bien como para el mal. Quien investiga sobre los efectos del veneno podrá emplear ese conocimiento bien para salvar o bien para matar. Pero debe estar perfectamente claro el punto de referencia al que debemos mirar para distinguir el bien del mal. La ciencia técnica, orientada a la transformación del mundo, se justifica por su servicio al hombre y a la humanidad» ¹²⁹.

Si la técnica, como acabamos de ver, se justifica por su servicio al hombre y no por el grado de éxito de sus realizaciones, es evidente que queda, en nuestros días, un largo camino por recorrer ya que existen todavía muchos hombres, pueblos enteros, en condiciones infrahumanas que pueden y deben ser mejoradas con la ayuda de los conocimientos científico-técnicos.

El fin de la técnica ha de ser prestar al prójimo «un servicio fraternal porque en él reconocemos esa dignidad que, como persona moral, le pertenece; hablamos de la dignidad personal» ¹³⁰.

Por esto podemos concluir recogiendo la siguiente afirmación del Papa: «La dignidad personal del hombre es la instancia por la que ha de juzgarse, fuera de toda aplicación cultural, el conocimiento técnico-científico» ¹³¹.

Respecto a cuál haya de ser la actitud del hombre de cultura ante la ciencia nos parecen muy elocuentes las palabras de S. Bernardo de Claraval que cita Juan Pablo II y que reproducimos a continuación:

«Según S. Bernardo, cinco motivaciones pueden inducir al hombre a estudiar: 'Hay quienes quieren saber con el único fin de saber, y es torpe curiosidad. Otros buscan conocer para ser conocidos: Es una vanidad, y estos tales no se librarán ciertamente del satírico burlón que canta al que es así: 'tu saber es nada si otro no sabe que sabes'. Hay quienes quieren saber para vender su ciencia, o sea, para allegar riquezas o conseguir honores con ella, y es tráfico vergonzoso. Pero los hay también que quieren saber para edificar a otros, y es caridad. Los hay finalmente que quieren saber para su edificación, y es sabiduría. De todos ellos, sólo los dos últimos no abusan de la ciencia, pues no quieren saber sino que obrar bien' (Sermón 33 sobre el Cantar de los Cantares: *Oeuvres mystiques de Saint Bernard*, Editions du Seuil, 1953, pág. 429-430)»¹³².





CITAS BIBLIOGRÁFICAS

1. *Discurso en la Sede de la Unesco*, París, 2.VI.1980, en *EJP II*, 6 (1980), 841-855.
2. Cfr. *Ibidem*, 842.
3. *Ibidem*, 843.
4. *Ibidem*.
5. *Ibidem*.
6. *Discurso a los profesores, universitarios y hombres de la cultura, en la Universidad de Coimbra, (Portugal)*, 15.V.1982, en *L'ORE* (1982), 353.
7. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, París, 2.VI.1980, en *EJP II*, 6 (1980), 844.
8. *RH*, 15.
9. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, París, 2.VI.1980, en *EJP II*, 6 (1980), 844.
10. *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 12.I.1981 en *L'ORE* (1981), 37.
11. *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24.V.1984, en *L'ORE*, (1984), 357.
12. *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 12.I.1981, en *L'ORE* (1981), 37.
13. *Ibidem*.
14. Cfr. *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24.V.1984, en *L'ORE*, (1984), 357.
15. *Discurso a los profesores, universitarios y hombres de la cultura en la Universidad de Coimbra, (Portugal)*, 15.V.1982, en *L'ORE* (1982), 353.
16. *Ibidem*.
17. *Discurso en la Sede de la Unesco*, París, 2.VI.1980, en *EJP II*, 6 (1980), 844.
18. *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24.V.1984, en *L'ORE*, (1984), 357.
19. *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede*, París 12.I.1981, en *L'ORE*, (1981), 37.

20. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, París, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 845.
21. *Ibidem*.
22. *Ibidem*, 844.
23. *Ibidem*, 845.
24. Cfr. *Ibidem*.
25. *Discurso a los hombres de la cultura en Río de Janeiro, (Brasil)*, 1.VII.1980, en *EJPII*, 8 (1980), 491.
26. *Ibidem*, 844.
27. *Ibidem*.
28. *Discurso a los profesores, universitarios y hombres de la cultura en la Universidad de Coimbra (Portugal)*, 15.V.1982, en *L'ORE* (1982), 353.
29. Cfr. *Ibidem*.
30. *Homilía en el «Uburu Park» de Nairobi*, 7.V.1980, en *EJPII*, 5 (1980), nº 5.
31. *Discurso a los profesores, universitarios y hombres de la cultura en la Universidad de Coimbra (Portugal)*, 15.V.1982, en *L'ORE* (1982), 353.
32. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, París, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 844.
33. *Discurso a los jóvenes y a un grupo de intelectuales en Kinsbasa*, 4.V.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 665.
34. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, París, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 845.
35. *Discurso a los intelectuales y artistas, en la Universidad «Sogang» de Seul*, 5.V.1984, en *L'ORE*, (1984), 318.
36. *Discurso a los intelectuales y al mundo universitario en Medellín (Colombia)*, 5.VII.1986. En *L'ORE* (1980), 451
37. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, París, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 846.
38. *Ibidem*, 845.
39. *RH*, 14.
40. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, París, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 845.
41. *Ibidem*, 846.
42. *Ibidem*, 847. Cfr. *Discurso a los hombres de la cultura, con motivo del Jubileo*, 15.XII.1983, en *L'ORE*, (1983), 722.
43. *Ibidem*.
44. *Alocución a los obispos de Uruguay en visita «ad limina»*, 14.I.1985, en *L'ORE* (1985), 29.
45. *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24.V.1984, en *L'ORE*, (1984), 357.
46. Cfr. *Discurso a universitarios e intelectuales en la Universidad de Sássari, Cerdeña*, 19.X.1985, en *L'ORE*, (1985), 674.

47. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 846.
48. Cfr. *Discurso a los obispos de Uruguay...*, 14.I.1985, en *L'ORE* (1985), 29.
49. *Constitución Pastoral «Gaudium et Spes»* n° 53, en *AAS* 58 (1966), 1075. Cfr. *Homilía de la Misa en el «Uburu Park» de Nairobi*, 7.V.1980, en *EJPII*, 5 (1980), 381.
50. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, París, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 843.
51. *Ibidem*, 844. Cfr. *Discurso a los Obispos de Lombardía*, 15.I.1982, en *L'ORE* (1982), 110.
52. *Discurso a los miembros del Pontificio Consejo para la Cultura*, 18.I.1983 en *L'ORE* (1983), 121. Cfr. *Discurso a los intelectuales y artistas, en la Universidad de «Sogang» de Seul*, 5.V.1984, en *L'ORE* (1984), 318.
53. *Discurso a los participantes del Congreso Nacional «Empeño Cultural»*, 16.I.1982, en *L'ORE* (1982), 311.
54. *Discurso a los profesores, universitarios y hombres de la cultura en la Universidad de Coimbra*, 15.V.1982, en *L'ORE* (1982), 353.
55. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, París, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 848.
56. *Discurso a los profesores, universitarios y hombres de la cultura en la Universidad de Coimbra*, 15.V.1982, en *L'ORE* (1982), 353.
57. *Ibidem*.
58. *Io* 8,32.
59. *RH*, 12.
60. *Discurso a los profesores y estudiantes en la catedral de Colonia*, 15.XI.1980, en *EJPII*, 8 (1980), 794.
61. *Discurso a los hombres de la cultura en Río de Janeiro (Brasil)*, 1.VII.1980, en *EJPII*, 81 (1980), 492. Cfr. *Discurso a los jóvenes y a un grupo de intelectuales, en Kinshasa*, 4.V.1980, en *EJPII*, 6 (1980) 665.
62. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 12.XI.1983 en *L'ORE* (1983), 703.
63. *Discurso a los hombres de la cultura en Río de Janeiro, (Brasil)*, 1.VII.1980, en *EJPII*, 8 (1980), 492.
64. *Discurso a intelectuales y al mundo universitario en Medellín (Colombia)*, 5.VII.1986, en *L'ORE* (1986) 450.
65. *FC*, 8.
66. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 847.
67. Cfr. *Ibidem*, 849.
68. *Ibidem*, 847.
69. Cfr. *Ibidem*, 851.
70. *Ibidem*.

71. *Ibidem*.
72. Cfr. *Ibidem*, 848.
73. *Ibidem*, 848-849.
74. *Discurso a los hombres de la cultura en Río de Janeiro*, 1.VII.1980 en *EJPII*, 8 (1980), 492.
75. *Ibidem*, 493.
76. *Discurso a los universitarios e intelectuales en Kinshasa*, 4.V.1980, en *EJPII* 6 (1980), 665.
77. Cfr. *Ibidem*.
78. *Ibidem*, 666.
79. *RH*, 14.
80. *Discurso a los universitarios e intelectuales en Kinshasa*, 4.V.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 665.
81. *Discurso a los profesores, universitarios y hombres de la cultura en la Universidad de Coimbra*, 15.V.1982, en *L'ORE* (1982), 353.
82. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 849.
83. Cfr. *Ibidem*, 848.
84. Cfr. *Ibidem*.
85. Cfr. *Ibidem*, 849.
86. *Ibidem*.
87. *Ibidem*.
88. Cfr. *Discurso ante el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 12.I.1981, en *L'ORE*, (1981), 37.
89. *Ibidem*.
90. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 850.
91. Cfr. *Ibidem*. y *Discurso a los intelectuales y al mundo universitario en Medellín*, 5.VII.1986, en *L'ORE* (1986), 451.
92. *Ibidem*, 849-850.
93. *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 12.I.1981, en *L'ORE* (1981), 37.
94. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 850.
95. *Ibidem*.
96. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 10.XI.1979, en *EJPII*, 4 (1979), 903.
97. *Discurso a los profesores y estudiantes en la Catedral de Colonia*, 15.XI.1980, en *EJPII*, 8 (1980) 790.
98. *Discurso en la Sede de la UNESCO*, 2.VI.1980, en *EJPII*, 6 (1980), 852.
99. *Discurso a los profesores y estudiantes en la Catedral de Colonia*, 15.XI.1980 en *EJPII* 8 (1980) 790.
100. Cfr. *Carta a los estudiantes de México y de toda América Latina*, 15.II.1979, en *EJPII* 2 (1979), 763.

101. *Ibidem*, 763-764.
102. Cfr. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 12.XI.1983 en *L'ORE* (1983), 703.
103. *Discurso a los profesores y estudiantes en la Catedral de Colonia*, 15.XI.1980, en *EJPII* 8 (1980), 792.
104. Cfr. *Ibidem*, 791.
105. *Ibidem*, 794.
106. «*Motu proprio*» *In multis solactis*, del 28 de octubre de 1936, sobre la Pontificia Academia de las Ciencias: AAS 28 (1986), 424, cit. en el *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 10.XI.1979, en *EJPII*, 4 (1979), 903.
107. O. Godart-M. Heller, *Les relations entre la science et la foi chez Georges Lemaître*, Pontificia Academiis Scientiarum, Comentariorum, Vol. I n. 21 p. 7. Cit en *Ibidem*, 910.
108. *Discurso a científicos, artistas y periodistas en Viena*, 12.IX.1983, en *L'ORE* (1983), 522.
109. *Discurso a los profesores universitarios en la Universidad Católica del Sagrado Corazón, en Milán*, 22.V.1983, en *L'ORE*, (1983), 317.
110. *Discurso a los representantes de la Universidad, reales academias e investigadores, en Madrid*. 3.XI.1982, en *L'ORE* (1982), 715.
111. *Ibidem*.
112. *Ibidem*.
113. Cfr. *Discurso al Congreso «UNIV-80»*, 1.IV.1980, en *EJPII* 6, (1980), 595.
114. *Ibidem*.
115. *Discurso a los profesores y estudiantes en la catedral de Colonia*, 15.XI.1980, en *EJPII*, 8 (1980), 793-794.
116. *Discurso a científicos, artistas y periodistas en Viena*, 12.IX.1983, en *L'ORE* (1983), 522.
117. *Carta a los estudiantes de México y de toda América Latina*, 15.II.1979, en *EJPII*, 2 (1979), 764.
118. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 10.XI.1979, en *EJPII*, 4 (1979), 904.
119. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 12.XI.1983, en *L'ORE* (1983), 703.
120. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 10.XI.1979, en *EJPII*, 4 (1979), 905-906.
121. *Discurso a los profesores y estudiantes en la catedral de Colonia*, 15.XI.1980, en *EJPII*, 8 (1980), 794.
122. Cfr. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 10.XI.1979, en *EJPII*, 4 (1979), 904.
123. *Ibidem*.
124. *Discurso a los miembros del Pontificio Consejo para la Cultura*, 18.I.1983, en *L'ORE* (1983), 121.

125. *Discurso a los profesores y estudiantes en la catedral de Colonia*, 15.XI.1980, en *EJPII*, 8 (1980), 790-791.
126. *Discurso a un grupo de 'Premio Nobel'*, 22.XII.1980, en *EJPII*, 8 (1980), 915.
127. *Discurso a los profesores y estudiantes en la catedral de Colonia*, 15.XI.1980, en *EJPII*, 8 (1980), 791.
128. *Ibidem*.
129. *Ibidem*, 792-793.
130. *Ibidem*.
131. *Ibidem*.
132. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 12.XI.1983, en *L'ORE* (1983), 703.



ÍNDICE

	<u>Pág</u>
PRESENTACIÓN	333
ÍNDICE DE LA TESIS	337
BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS	341
I. LA NOCIÓN DE CULTURA	349
1. <i>Introducción</i>	349
2. <i>Diversas definiciones de Cultura</i>	349
a) El «ser» y el «existir» del hombre	349
b) La vida del espíritu	352
c) Vehículo de comunicación	353
3. <i>Los fundamentos de la Cultura</i>	354
a) El hombre en cuanto a su naturaleza	355
b) El hombre como persona	358
c) La religiosidad del hombre	359
4. <i>Ordenes de la Cultura</i>	360
a) Dimensión humanizadora de la Cultura	361
a') La libertad	362
b') La moralidad	364
b) La educación	365
a') Instrucción	366
b') Formación de la conciencia	366
c) El derecho de la nación	367
d) La ciencia	371
a') La ciencia como valor en sí mismo	372
b') Notas distintivas de la verdadera ciencia	373
b'.1. Servicio al hombre	374
b'.2. La libertad de la ciencia	376
c' La técnica	378
CITAS BIBLIOGRÁFICAS	383